AÑO III — BUENOS AIRES, 3 DE MARZO DE 1924 — N.o 111

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

Internacionalismo del movimiento anarquista

La defensa de las características propias de nuestro movimiento revolucionario y el empeño en señalar las diferencias tácticas que nos separan de los compañeros de otros países, no pueden ser un obstáculo para el mantenimiento de las relaciones fraternales y la práctica realización del internacionalismo. Si en algo se distinguen los anarquistas de la Argentina es por su preocupación por el movimiento anarquista de Europa. Se puede decir que allí buscan sus motivos ideológicos y hasta el objeto de sus acciones; no pocos camaradas que llevan al extremo la despreocupación por los problemas que más directamente les afectan, empeñándose en buscar fuera de sí mismos lo que no puede concederles el más profundo libro de filosofía.

El internacionalismo, para los anarquistas, no puede ser una cuestión mecánica. Ha de cultivarse en las relaciones recíprocas y en el mutuo reconocimiento, en la afinidad de ideas y en el nexo espiritual que hace de los hombres una sola familia a través de los mares y de los continentes, por encima de las patrias y de las fronteras.

De nada nos serviría constituir un órgano internacional de relaciones y de solidaridad, si nos ignoráramos en absoluto. En cambio realizaríamos el internacionalismo y actuaríamos en el terreno de la lucha y de las comunes aspiraciones, conociendo el ambiente y las condiciones de desarrollo de cada movimiento revolucionario, compenetrándonos de las ideas, de la táctica y de la posición que ocupan los diversos grupos anarquistas que activan en el restringido escenario de las naciones políticas.

Si ignoramos las luchas de cada país, si no alcanzamos a descifrar los motivos de cada agitación popular mantenida lejos de nosotros, si no tenemos algunas nociones históricas y psicológicas que nos permitan distinguir el movimiento anarquista de todas las superficiales agitaciones subversivas del marxismo, ¿cómo es posible que lleguemos a establecer un grado de contacto que nos permita la internacionalización del movimiento anarquista? ¿Debemos suplir esa falta de conocimiento recíproco con un órgano cualquiera de relaciones, que no sería en resumidas cuentas otra cosa que el promotor de agitaciones y luchas propias de un ambiente determinado pero extraños a los demás ambientes anarquistas?

Porque hemos tenido siempre la preocupación de las cosas de afuera, nos interesamos por hacer conocer nuestras cosas en el exterior. En el estudio del movimiento revolucionario de otros países, el movimiento anarquista de la Argentina nutrió su ideología y encontró su propio camino. Pero la táctica es nuestra, obra de los anarquistas de este país y concreción de sus luchas en el seno del proletariado.

Eso es lo que nos esforzamos en reivindicar. ¿Constituye un obstáculo para las relaciones internacionales del anarquismo? No lo creemos. A lo sumo ofrecemos a los camaradas de otros países motivos de discusión y elementos de juicio para plantear en nuestras filas una serie de problemas que tarde o temprano tendremos que resolver.

En guerra primero y la revolución rusa después, crearon en el movimiento revolucionario una serie de factores que conspiran contra la claridad ideológica del anarquismo. El principal factor de corrupción doctrinaria está representada por el anarco-bolcheviquismo. Esa tendencia marxista es un desprendimiento del anarquismo, pero está completamente divorciada con nuestras ideas. Sin embargo, se mantiene en su posición intermedia, pretendiendo aproximar a los anarquistas a los neocomunistas rusos y complicar al anarquismo en esa restauración del Estado y del capitalismo iniciada por los traidores de Moscú.

Descubrir esa desviación doctrinaria de los ex anarquistas conversos al bolcheviquismo; poner en claro las torcidas interpretaciones del anarquismo y rechazar todo compromiso con actividades que entrañan un peligro para nuestro movimiento, es la condición indispensable que se debe pedir a todo militante. Si por apatía o incomprensión se deja crecer la cizaña marxista, si se acepta como un fruto sano el dañado melón de la dictadura, si hay quien trague la píldora de los frentes únicos, de la unidad de clase y otras martingalas puestas de moda por Moscú, necesario es confesar que el movimiento anarquista perdió la brújula y tardará mucho en encontrar su camino.

Por desconocimiento de las características de algunos países y por incomprensión de las ideas anarquistas, con frecuencia se da curso, en los periódicos libertarios, a infames brulotes y torpes exposiciones de tendencias que conspiran contra el ideal anarquista. Ese caso se dió en Europa con las proclamas y los programas dictatoriales de la A. I. A. Los compañeros de aquel continente no alcanzaron a descubrir el injerto marxista, y dieron como expresión del más puro anarquismo propósitos que atacan el fundamento de nuestras ideas.

Semejante ignorancia es incomprensible. Demuestra, en primer lugar, que el movimiento anarquista atraviesa por un período de confusión y desviaciones, y, en segundo lugar, que los anarquistas nos "ignoramos" una vez que trasponemos las fronteras del país nativo. ¿Y es posible llegar a la internacionalización de nuestro movimiento revolucionario si estamos tan alejados espiritualmente?

Las únicas relaciones internacionales se mantienen por medio del periódico, del folleto y del libro. Pero generalmente esos vehículos de propaganda están restringidos en grado sumo, pues apenas se envían como canje a las publicaciones similares y los lee un reducido número de compañeros. Y claro está que la mayoría, a pesar de la multiplicación de periódicos de propaganda, sigue tan ignorante de las cosas de afuera como lo era antes de contar el movimiento anarquista con esa vasta y extendida organización doctrinaria.

De nuestra parte, no escatimamos esfuerzos para identificarnos con el proletariado de todos los países donde la cuestión social ofrece exponentes de energía espiritual. Nos esforzamos en comprender las luchas que realizan los trabajadores del mundo entero, en descubrir en el fondo de sus aspiraciones una comunidad espiritual con el anarquismo y en definir todo aquello que nos ofrezca un motivo de duda por su falta de claridad ideológica.

En la preocupación por conocernos — por "descubrirnos" — está el fundamento del internacionalismo anarquista. Porque nuestra internacional solo puede contar con una cosa: la identificación de las ideas y aspiraciones de los hombres capaces de sacrificarse por la gran causa del proletariado: su emancipación moral y económica.

Jazz-band y Shimmy

—Para la crema y nata de la sociedad, ¿verdad, señora?
—Delicioso, caballero...

...en cuanto me arrimo al parlamento me parece asistir a un culto en cuya eficacia no creen los celebrantes, a pesar del derroche de liturgia, cuya suntuosidad va de par con el enflaquecimiento de la fe. No se muestra allí sino la indumentaria o la comedia; quiero decir que apenas se ve, sino quienes van al negocio o quienes salen a fabiar a representar su papel del modo que les procure más aplausos y les dé nombre de más diestros comediantes... lo mismo en el teatro que en el parlamento, llega a aplaudirse gestos, ronquidos, hipos, acentos y matices. No conviene al buen parlamentario tomar a pecho su papel e ir a matar de veras en la escena del duelo o llorar de verdad cuando la comedia pide llanto.

(Miguel de UNAMUNO)

El nacionalismo y la reacción moderna

I

El que creía que después de la guerra mundial se produciría un término de las tendencias nacionalistas en Europa, se ha engañado. Justamente lo contrario es lo que sucedió. El nacionalismo se ha hecho más fuerte que antes y constituye hoy el disfraz ideológico de la reacción moderna en forma de fascismo. El fascismo moderno no es un movimiento originado de una comunidad afín de ideas; no sólo adquiere en cada país un carácter especial, sino que aparece dentro de las mismas fronteras nacionales en los colores más distintos, desde el republicanismo hasta el monarquismo más extremo. En común sólo tienen sus métodos militaristas-putschistas y la actitud nacionalista de sus adeptos. Y no nos engañemos: ese movimiento que abarca más y más todos los países, no es únicamente un movimiento de las clases privilegiadas de la sociedad aunque es innegable que es apoyado y fomentado por ellas y, en último resultado, sólo tiene en cuenta sus intereses. Pero es indudable que el fascismo también halla un eco claro en las vastas masas populares y sería una locura rehusarse a reconocer esta afirmación. El hecho de que el número de los sindicatos fascistas aumente constantemente, particularmente en Italia, es una demostración clara de que el movimiento halla cada vez más terreno en el ambiente obrero; a lo cual no ha contribuído poco la bancarrota de las aspiraciones social-demócratas. En España se sigue hoy el ejemplo de los adeptos de Mussolini y se intenta fundar sindicatos fascistas. El éxito que tendrán estos esfuerzos es cosa que deberá señalarnos el próximo futuro.

El llamado movimiento socialista-nacionalista en Alemania, que se agrupa alrededor de la bandera *Hakenkreuz* de Hitler, sigue las mismas huellas y ejerce una influencia indudable en ciertos círculos del proletariado alemán, en particular en Baviera. Tal vez se estime demasiado ese influjo, pero sería en extremo peligrosa y errónea su apreciación despectiva. Justamente en una época como la actual, en la que a consecuencia de la guerra y de la terrible miseria de las masas se advierte en todas partes un adormecimiento de la conciencia social; en la que todas las concepciones han sido conmovidas y lo viejo y lo nuevo danzan en confuso torbellino, el peligro de un movimiento semejante es mucho más grande y sus consecuencias son más fatales que en tiempos normales. Por consiguiente es necesario ante todo adoptar una posición clara y firme frente a las aspiraciones nacionalistas y no moverse constantemente en los extremos que encuentran su expresión en baratas palabras políticas de orden, como sucedió muy a menudo hasta aquí por desgracia en todas partes.

Hubo una época en que todas las tendencias del socialismo autoritario, aparte muy pocas excepciones — entendían el concepto de la internacionalidad como una formación completa de los diversos pueblos en la representación abstracta de la humanidad. Se veía en la confusa diversidad de la vida de los pueblos y de los idiomas sólo un impedimento artificialmente creado contra las aspiraciones de fraternidad de la humanidad doliente y se soñaba la abolición inmediata de todas esas diferencias y la introducción de un idioma universal que debía extirpar todos los idiomas existentes y otras cosas parecidas. Estas ingenuas interpretaciones, cuyos defensores no tenían la noción más pálida de ese problema, no han desaparecido todavía completamente, pero debieron dejar el campo, en general, a otros puntos de vista. La social-democracia moderna no tiene ya nada de común, claro está, con las ideas de sus predecesores de la época del llamado "comunismo de jornaleros" (Handwerksburschen-Komunismus). Ha cedido también desde hace mucho la posición que había defendido durante muchas décadas y que expresaron Marx y Engels en el manifiesto comunista al declarar que el proletariado moderno no posee patria alguna y que por consiguiente no se le puede quitar lo que no tiene.

La idea de que el elemento decisivo para la clase obrera no son los supuestos cambios políticos y nacionales sino la diferencia de clases y las contradicciones económicas, sólo encuetra hoy en la social-democracia muy pocos partidarios. La gran mayoría del partido ha descubierto desde hace mucho su corazón nacionalista y considera la defensa de la patria como un deber patriótico y socialista. Lo seriamente que esas gentes consideran ese "deber" nos ha sido demostrado por la funesta política guerrera de la mayoría de los partidos socialistas, desde 1914 a 1918, con claridad meridiana. Y que las experiencias terribles de esos cuatro años sangrientos no han ejercido una impresión digna de mención en los jefes de la social democracia alemana, lo prueba su actitud en el llamado conflicto del Ruhr. No aprendieron nada, y nada olvidaron y subordinaron los intereses más elementales de la clase obrera alemana otra vez a los intereses de los grandes capitalistas y de la gran industria en nombre del interés nacional, que en realidad no es más que el interés de Stinnes y compañía. Pero no sólo la social-democracia se deja llevar completamente a remolque de la metafísica nacionalista, sino también su retoño, el partido comunista; y éste trata hasta de superar a la social-democracia en apariencias patrióticas y en fraseología nacionalista. Se habla ya del avance del ejército rojo ruso y de la decisión sobre el Rhin, lo cual llena el corazón de alegría a los bolchevistas nacionalistas alemanes, como el Dr. Eltzbacher, etc.

Y sin embargo, justamente el conflicto del Ruhr, en sus múltiples fases de evolución, forma la ilustración más soberbia imaginable de la política de los capitalistas como base de la ideología nacionalista. La ocupación del distrito del Ruhr fué sólo una consecuencia lógica de la misma política criminal del poder capitalista, que al final llevó al desencadenamiento de la guerra mundial y que arrastró durante cuatro años a los pueblos al campo de matanza. En este conflicto se trataba casi exclusivamente de la divergencia de intereses entre la gran industria alemana y la francesa, que esta vez la fuerza militar decidió a favor de Francia. Lo mismo que los representantes de la gran industria alemana han sido durante la guerra defensores fanáticos del principio de anexión, tras la llamada "política nacional" de Poincaré están hoy las ambiciones anexionistas descubiertas de la gran industria francesa y de su órgano poderoso, el *Comite des Forges*. Y los mismos fines que perseguía la política de los grandes industriales alemanes en su tiempo, son perseguidos hoy por la gran industria francesa. Se trata del establecimiento de un determinado monopolio en el continente europeo bajo la dominación de determinadas agrupaciones capitalistas, para quienes el "interés nacional" ha sido siempre la máscara ideológica de sus brutales intereses financieros. La gran industria francesa planeó hace mucho una unión de las minas de hierro de Alsacia y Lorena con las minas de carbón del Ruhr en la figura de un trust minero que debía asegurar su monopolio ilimitado en el continente. Y puesto que los intereses de los grandes industriales se cubren con los intereses de los ganadores de las reparaciones y son favorecidos en todas las maneras por la casta militar, la ocupación del distrito del Ruhr sólo era un asunto de tiempo.

Pero aun antes de que se produjera tuvieron lugar negociaciones en la gran industria alemana y la francesa para realizar una solución pacífica, es decir, en este caso una solución comercial del problema, en la cual deberían tener sus ventajas ambas partes según las condiciones de sus fuerzas. Un acuerdo semejante se habría producido, pues los representantes de la gran industria alemana hubiesen enviado al diablo los intereses nacionales, siempre que les fuera posible salvar la bolsa. Pero dado que lo habían sido presentadas en perspectiva mayores ventajas por la industria inglesa del carbón, para la cual indudablemente hubiera sido un serio golpe el trust minero en el continente, descubrieron repentinamente su corazón nacional y dejaron llegar la ocupación militar. Junto con los obreros y empleados organizados, la resistencia pasiva y la prensa de Stinnes manejó potentemente el trombón nacionalista para hacer surgir en el país el odio al "enemigo hereditario". Y cuando la resistencia pasiva, que costó al pueblo alemán enormes sacrificios, debió ser suprimida finalmente, el señor Stinnes no esperó al gobierno de Stressemann, sino que negoció por cuenta propia con los franceses. Y no contento con eso, trató de inclinar a las autoridades francesas a la imposición de la jornada de diez horas a los trabajadores alemanes, que habían sido hasta entonces sus aliados en la resistencia pasiva contra las bayonetas francesas. ¿Hay en realidad una ilustración mejor de las verdaderas aspiraciones de nuestros espadachines nacionalistas?

Poincaré tomó como pretexto para hacer invadir el distrito del Ruhr por sus tropas, las supuestas deficiencias de Alemania en las entregas de carbón a Francia. En realidad eso sólo fué una ficción notoria para prestar a esa expoliación imperialista un manto legal. Esto se deduce del hecho de que Francia — exceptuada Inglaterra — es actualmente el país de Europa más rico en carbón y hasta se vió obligada a imponer un diez por ciento de impuesto extra a la importación del carbón del Sarre para proteger el carbón francés en los mercados nacionales. La verdad es que el 20 por ciento de ese carbón, se volvía a remitir a Alemania y en general sólo un 35 por ciento se dedicaba a la industria francesa.

Por otra parte los grandes industriales alemanes y sus aliados, los grandes agrarios, que hasta entonces habían sacado inconmensurables provechos de la enorme miseria del pueblo alemán, han hecho todo lo posible en la defensa de sus intereses particulares para facilitar, según sus fuerzas, la obra del imperialismo francés. Fueron los que se resistieron de la manera más violenta desde el principio a todos los ensayos para producir una estabilización del marco, porque gracias a ese medio podían sabotear cómodamente los impuestos a la industria y a la agricultura y cargar, casi sin excepción, sobre las espaldas del pueblo laborioso el pago de las reparaciones.

Una constante caída del marco les daba la posibilidad para elevar desmesuradamente los precios de todos los productos y de este modo cargaban sobre la vasta masa de los consumidores nacionales los compromisos financieros que impuso el vencedor de Alemania. Sobre la base de esas turbias maquinaciones no sólo se desarrolló un ejército entero de especuladores monetarios que obtienen su ganancia formidable del desastroso empobrecimiento de las masas: se dió también con ello a los capitalistas franceses la ocasión de obtener beneficios extras de la miseria fiduciaria alemana. Así entregó Alemania, según el testimonio del ministro francés Laseyrie, hasta fines de diciembre de 1921 combustibles por 2571 millones de francos, pero a causa de la desvalorización del marco solo se le acreditaron 980 millones de francos. Así el egoismo de los negocios de nuestros buenos patriotas alemanes creó al llamado "enemigo hereditario" una fuente especial de rendimientos a costa de la monstruosa explotación de los trabajadores alemanes.

La prensa capitalista de Francia no se cansa de asegurar al pueblo francés que Alemania debe pagar, porque Francia de otro modo estaría ante la bancarrota, y, lo mismo que en Alemania, hay también por desgracia en Francia centenares de miles de trabajadores que toman esa afirmación por una realidad. El hecho es que de las sumas gigantescas que debió entregar Alemania a Francia hasta aquí, sólo ha ido a parar una parte insignificante a la reconstrucción de los distritos devastados, es decir, a beneficio del pueblo, mientras que la parte del león cayó en los bolsillos sin fondo de una pequeña minoría de privilegiados.

De los 11.400 millones de marcos oro que entregó Alemania a Francia hasta el 31 de diciembre como pagos de las reparaciones, sólo se acreditaron 2.800 millones para la reconstrucción; 4.200 millones se emplearon solamente para los gastos de ocupación y las comisiones interaliadas en Alemania.

En Alemania como en Francia, la parte que sufre siempre es la clase obrera, a costa de la cual medran las clases posesoras de ambos países. Mientras que el capitalismo de todos los países comprometidos en la conflagración bélica casi se ahoga en medio de las ganancias extraordinarias de la guerra, millones de trabajadores debieron abonar con su propia sangre los campos de batalla del mundo entero; y también hoy, que la guerra sólo ha cambiado su forma, son los trabajadores los únicos que padecen, en tanto que el capitalismo acuña sonantes monedas con la miseria del pueblo. Cuesta trabajo comprender cómo se pueden encontrar todavía entre los socialistas de las diversas tendencias hombres que, no obstante estos hechos reveladores, se dejan uncir voluntariamente al carro de la reacción nacionalista. De ello, según nuestra opinión, es culpable la creencia simplista de la mayoría de los socialistas modernos en el Estado. Así como no pueden representarse la sociedad más que en la forma del Estado, no conciben el pueblo sino en la camisa de fuerza de la nación.

Pero entre pueblo y nación existe la misma diferencia que entre sociedad y Estado. La organización social es un hecho natural que se desarrolla de abajo arriba, bajo la influencia de determinadas necesidades, y cuyo fundamento es la observación de los intereses generales. La organización estatal es un producto artificial, impuesto al hombre de arriba abajo, y cuyo objeto propio es la defensa de los intereses de las minorías privilegiadas a expensas de la comunidad.

RUDOLF ROCKER

El ascetismo como autoeducación

Sería bueno que fuese generalmente difundido y rigurosamente aplicado este principio: es necesario no rechazar en bloque, aprioristicamente, una cosa, solo porque ella se presenta bajo un aspecto que nos repugna. Muchas repulsas de principios ideológicos o morales dependen del hecho de que nos recuerdan los errores y las degeneraciones que de ellos nacieron, sin que nos cuidemos de indagar si en la envoltura del error está la corteza de la verdad, si bajo la pátina del vicio está el esplendor de la virtud.

A la palabra *ascetismo*, por ejemplo, se asocia, generalmente, el recuerdo de ermitaños plagados, sucios, piojosos; de autosuplicios, de degeneraciones sentimentales, de locuras colectivas. Acuden a la mente escenas grotescas, pavorosas, obscenas, y figuras de locos y de degenerados. El poeta contemporáneo es propenso a la condena, modernamente pagana, de tales locuras y fealdades, y no ve en el ascetismo más que formas de fanáticos, ermitaños en el desierto, penumbras de grutas, cilicios. Carducci impreca, celebrando las hermosas ninfas y los plácidos númenes, a aquellos "maldicientes de las obras de la vida y del amor" que deliraban sobre las rocas y en las grutas "atroces conjunciones de dolor con Dios".

Si a los poetas podemos perdonarles mucho, ya que saben dar al error histórico o filosófico formas tan brillantes, no podemos ser tan tolerantes con esos estudiosos que repiten mecánicamente las acusaciones que Bentham hacía al ascetismo y exageran al negar la utilidad formativa de las privaciones ascéticas, cayendo en el más estrecho utilitarismo y en el vulgar epicureísmo. Estos son ciegos a esa luz de belleza moral que irradia la heroica renuncia a los bienes materiales por los ideales, y se pierden, por consiguiente, en diagnosis psiquiátricas de lombrosiana pedantería y caen a menudo en lo banal con sus declamativos comentarios sobre aquellas crisis pasionales de las que solo ven la exasperacion de la carne. De la apreciación superficial del ascetismo, como fenómeno de la vida moral, nos da un ejemplo, entre muchos, Malon, quien escribe: "Las abstinencias *sin provecho*, las privaciones *inútiles* resultantes de las prácticas impuestas, como el ayuno, el celibato, la abstinencia de las comidas, la abstinencia de los placeres, de la sociedad y de la alegría, la abstinencia de los remedios durante la enfermedad, la renuncia a la estimación pública, son las bases de esta moral religiosa" (*La moral social*). Todas las privaciones son aquí puestas sobre un único plano, y condenadas en bloque como inútiles. ¿O no está en la inhibición el valor y el mecanismo de la moralidad? Y la inhibición ¿no es abstinencia? "Hay que ejercitar primeramente esa parte de nosotros mismos que *obedece* al deber, y el ascetismo responde a esta necesidad". Así habla Kant.

La vida moral se desarrolla en una continua *ascesis*, en un continuo *ejercicio*, esto es en la lucha entre el impulso y la razón, entre el *ser* instintivo y el *deber ser* moral. Es natural, por consiguiente, que Paulham no vacile en escribir que el asceptismo no es del todo absurdo, en cuanto es "una privación, un sufrimiento que algunas veces refuerza el espíritu y lo armoniza". (*Les caractéres*, págs. 34-35). Y con él está Colozza, y su adhesión es significativa siendo él un agudo y profundo conocedor de la inhibición y de su poder educativo. Colozza escribe: "La parte viva del ascetismo no está tanto en el esfuerzo para dar a la voluntad una cierta fisonomía, fisonomía que en verdad no es la mejor, ni en todo loable o imitable, sino en haber insistido en la educación del dominio de sí, en haber encontrado los medios correspondientes al fin a que tendía. El *regimen animarum* de los ascetas puede, debe más bien cambiar de finalidad última; pero ha de permanecer como proceso si interesa la parte mejor del ánimo humano". Y concluye, parafraseando el final del libro de Chiappelli sobre *El socialismo y el pensamiento moderno*: "se debe volcar el oro reluciente de los ideales modernos en las formas antiguas y severas del ascetismo: esta es la misión educativa de los tiempos nuevos" (*Del poder de inhibición*, pág. 59).

* * *

Pero no necesitamos apoyar nuestra tesis en la autoridad de los nombres y de las citaciones más o menos significativas. Vamos, pues, a examinar el valor formativo del ascetismo, fijando cuáles formas y métodos son aceptables y cuáles no lo son, y justificando de paso nuestra elección.

Dugas critica el ascetismo respecto a la formación de la voluntad, en cuanto el asceta simplifica las necesidades, y por tanto restringe su actividad. Los ascetas son los *virtuosos* de la voluntad, su actividad va "a batir nuevamentae las alas, sin cambiar de sitio, en un espacio vacío, o poblado solamente de quimeras" (*Education du caractére*, pág. 238) James, al contrario, reconoce al ascetismo el valor del esfuerzo moral, y dice que, según los ascetas, el mal del mundo deberá ser afrontado y vencido "por medio de un llamado a los recursos heroicos del alma, y neutralizado e idealizado por los sufrimientos". (*La conciencia religiosa*, pág. 315). Dugas ve solamente el lado negativo del ascetismo, mientras que James reconoce el lado positivo. Estos dos rasgos se hallan paralelos, y a veces entrecruzados, en toda la historia del ascetismo.

En el budismo perduran las prácticas negativamente ascéticas del culto Brahmánico, y sin embargo en el ascetismo budista está vivo el concepto de la autarquía. Gotam Buda decía al hombre: "Tú mismo eres el que hace mal, tú mismo quien por eso sufre; por propio esfuerzo adquieres el mérito, por propio esfuerzo te descargas de culpa; culpabilidad y santidad dependen de tu propio obrar; nadie puede redimir a otro". Y en sus discursos está, insistente, la invitación a la afirmación voluntarista. Si el budismo asume un aspecto negativamente ascético, ello se debe al clima, al ambiente. El monaquismo cristiano del Oriente debía, en efecto, diferenciarse muchísimo del occidental, con el cual tenía sin embargo comunes orígenes.

También en el ascetismo griego vuelve a encontrarse el dualismo en cuestión. El estoico Epicteto consideraba la represión de todo deseo y de toda aversión por las cosas exteriores como el medio para ser libre en la plena autarquía.

El estoico aconseja: *substine et abstine*, en cuanto el soportar y el abstenerse nos hacen dueños de nosotros mismos, pero no llega a las exageraciones, a las rarezas del cínico. No se revuelca en la arena ardiente en el rigor del estío ni comprime el cuerpo sobre las frías estatuas en pleno invierno, ni vive en un tonel como Diógenes. Más que al *modus vivendi* exterior el estoico da valor a su interioridad, y no sofoca las necesidades con medios externos sino que con un esfuerzo íntimo domina las malas pasiones.

En los Pitagóricos, el asceptismo cínico y el estóico convergen. La admisión en aquella corporación científica estaba condicionada a pruebas rigurosas y a la observación del silencio por muchos años.

Entre las prácticas más recomendadas por el catecismo pitagórico, figura la abstinencia en los alimentos y en la vida sexual, y el pitagórico debía soportar la sociedad, los insectos, el frío, etc.; debía también vencer la sensualidad, la soberbia y la avaricia. La renuncia a las cosas útiles, necesarias, era considerada como un esfuerzo para la conquista de las virtudes morales. En los Pitagóricos la renuncia tiende, pues, no al anodamiento, sino al fortalecimiento de las energías psíquicas. Según la filosofía judaico-alejandrina, y, más precisamente, según Filón hebreo, el esfuerzo queda siempre como la razón fundamental de todo bien, y en la capacidad de *esforzarse* y de *mortificarse* se reconoce el valor del hombre. En el misticismo cristiano, filiación del precedente, la valuación y la práctica del esfuerzo adquiere caracteres aún más destacadamente ascéticos. ¿En qué sentido? *Imitar a Cristo* equivale a extirpar del alma el amor por las cosas terrestres, para poder dirigir todo el espíritu a las cosas celestes. El asceta se esfuerza por *hacerse inútil, sino juglar de Dios*, como Jacopon de Todi. Se desprecia, se insulta, se mortifica material y moralmente, como si para acercarse al cielo fuese necesario morir lentamente. Es un suicidio místico en el que el asceta apaga las luces de su espírtu para dejar que la luz divina se expanda incontrastada.

Este es el ascetismo típico, especialmente en el mundo oriental. Ascetismo contemplativo, pasivo: estático y extático. Que más que a la fortaleza y a la renuncia mira al acrecimiento voluntario de la suma de dolores. El asceta de este tipo más que un atleta de la virtud es un limador de su voluntad.

Cuando la introspección revela algunos impulsos a domar y estos impulsos se denuncian considerándolos en sí, como pecaminosos, tenemos la afirmación de la voluntad, como purificación. Pero cuando la voluntad de vida es considerada globalmente como un mal en cuanto contiene, potencialmente, infinitas posibilidades de pecado, los ejercicios espirituales se vuelven una técnica apta para apagar la individualidad como totalidad de modos de ser. La voluntad en ese caso permanece tal, pero tiene unilateral desarrollo, en perjuicio de todas aquellas energías que al ser sofocadas, acaban por aniquilar la misma voluntad que las ha matado.

Además, la negación de la voluntad de vida lleva a desviaciones y a exageraciones que en vez de elevar al hombre lo relajan. La hagiografía, es riquísima en vidas de santos que, por quererse purificar totalmente, acabaron en la renuncia inhumana y antisocial. Pero de las morbosidades a que ha dado lugar el ascetismo negativo, no es necesario tratar aquí, siendo amplia y suficiente la literatura respecto. Basten algunas alusiones que nos permitan señalar en sus caracteres más salientes el dualismo ascético.

Hay, como hemos indicado, un dualismo que ve en cada apetito, en cada estímulo una tentación, una probabilidad de pecado. El estóico Séneca decía que *pursinnocentiae ets caecitas*, y Alfonso de Liguori concluía que debemos hacernos ciegos cerrando los ojos, para no ver lo que puede impulsarnos al mal. S. Jacobo el Ermitaño no quería ver ninguna mujer y S. Pedro de Alcántara se abstenía hasta de mirar a sus hermanas religiosas. A qué desviaciones del sentido moral ha llevado este ascetismo lo demuestra el caso de S. Luis Gonzaga que "aborrecio siempre en toda su vida y en todos los lugares donde habitó, el hablar y tratar con mujeres, y ni siquiera con la señora Marquesa su madre gustaba de razonar a solas; de donde si hubiese sucedido que, mientras estaba hablando con ella, en la sala o en el dormitorio, los otros, que estaban presentes, hubiesen partido, buscaba él también ocasión de irse o, no pudiendo hacer esto, se recubría súbitamente en el rostro de un honesto rubor" (1).

Aunque este ascetismo no llega siempre a desviaciones morales de tal gravedad, es siempre condenable, porque acreciendo el número de las *tentaciones*, hasta comprender en ellas los impulsos más naturales y los sentimientos más nobles, lleva por necesidad al esfuerzo de anulamiento total de la voluntad. En los Evangelios se repite a menudo el principio de que la voluntad de Dios es cognoscible y observable con el anonadamiento de la propia voluntad (Isaac, 58,13; Matías, 26-39). Y este principio se vuelve a encontrar en los escritos de muchos santos y en las reglas de muchas órdenes religiosas. Simón de S. Pablo dice que "es importante la mortificación de la voluntad propia, *de la de los sentidos y del cuerpo*". San Juan Climaco dice que quien quiere ser de Dios debe renunciar a las cosas, a los honores, a los parientes "*y sobre todo a su voluntad*".

Así S. Buenaventura y otros muchos. *La Regla de San Benedicto* prescribe odiar la propia voluntad, en cuanto la voluntad humana debe anularse en la divina.

No hay que dejarse engañar por las expresiones y poner, en bloque con ellas, afirmaciones muy semejantes. Algunos santos condenaron la voluntad, pero en ella quieren condenar solamente el malquerer. Cuando Nepven dice que "la mortificación gobierna la voluntad obligándola a renunciar a sus *inclinaciones naturales*" hay que tener presente la concepción pesimista del cristianismo sobre la naturaleza del hombre.

La posición del *santo atleta*, como lo llama Dante, es la del que en la voluntad niega el malquerer y se afirma negándose, y se sublimiza. Este no teme al pecado, y hace suyos estos pasajes profundos de las sagradas escrituras:

"Es necesario que haya tentaciones, porque no será coronado sino el que combata visiblemente"; "la virtud y la fortaleza no se conocen cuando hay devoción y quietud, sino cuando hay tentaciones y trabajos". El santo no se entristece por las tentaciones del mal, sino que se alegra; como el buen guerrero se alegra del enemigo que le permite poner a prueba su coraje y su fuerza.

San Doroteo cuenta que, habiendo ofrecido un santo maestro, apiadado de las mortificaciones y maltratos de un asceta, rogar a Dios a fin de que lo librase de las tentaciones, el discípulo respondió que ese gran esfuerzo hacía que él aprovechase más. Y San Juan Climaco cuenta de San Efrem que encontrándose en estado de paz rogaba a Dios que le renovase las antiguas batallas de sus tentaciones.

* * *

De lo que hemos dicho hasta aquí, aparece evidente que el dualismo ascético se resuelve, prácticamente, en métodos diversos.

El ascetismo negativo tiende a la anulación de la voluntad, el positivo a la fortificación de ella. El primero es absoluto en su apriorístico ángulo visual y se resuelve en una práctica unilateral; el segundo saca de sus posibilidades de elección un mayor equilibrio, sea en la elección de los obstáculos, sea en la economía de los esfuerzos para salvarlos.

Examinemos ahora este segundo tipo de ascetismo como *economía de la inhibición*.

Una acusación que se hace al ascetismo está basada en numerosos casos de exceso que son consecuencia del sistema exageradamente restrictivo.

Observa Spencer (*Educación intelectual, moral y física*, págs. 170-172) que los deseos largamente contrariados se resuelven en excesos que se podrían evitar con algunas concesiones. En las *Epístolas de San Jerónimo* (Venecia 1775, pág. 241) se lee que erran los que, destinando a la virginidad una niña, la visten de obscuro y no, le permiten ningún ornamento. "Las mujeres naturalmente aman los ornamentos; y sabemos que muchas, aún de excelente pudicia, bien que no por agradar a nadie, sino para satisfacer su propio genio, de buena gana se adornan. Es más fácil que teniendo tales ornamentos se sacie, y vea que son loadas las otras que de ellos están privadas. Y es *mejor que saciada los desprecie, y no que, faltándole, desee tenerlos*".

Y San Jerónimo cita como ejemplo la leyenda bíblica que narra cómo Dios curó al pueblo israelita de la avidez de carne, dándole una cantidad tan grande de pájaros que se nauseó hasta el vómito. Y observa aun: "Veréis a más hombres privarse del experimentado placer corporal, que a aquellos que de niños no han tenido conocimiento de la lujuria".

Otra acusación: el pensar continuamente en el mal para esforzarse a hacer el bien es un error, porque, como observa Stuart Mill (*Essais sur la religion*, pág. 223) "cuando se pasa la vida en contemplar las miserias, no se puede mantener el propio espíritu en las regiones elevadas".

Francisco de Sales ha comprendido profundamente ésto; en efecto, aconseja: "No os déis demasiado fastidio por curar vuestro corazón; ya que vuestra pena lo enferma más. No os esforcéis demasiado en vencer vuestras tentaciones; ya que esta violencia las fortifica: despreciadlas; no penséis en ellas" (*Lettere spirituali*, II, pág. 202).

La agudeza psicológica de los viejos tratados ascéticos no es inferior a la de los tratados de psicología y moral de hoy. La inhibición, como auto-sugestión educativa, era bien conocida por Francisco de Sales. Una frase que se repite frecuentemente en sus obras es "poseer alma propia", que responde a la hermosa frase evangélica "Mi alma está siempre en mis manos". Escribe en la *Introducción de la vida devota*: ...considerando de tiempo en tiempo cuáles pasiones dominan en nuestro ánimo, y habiéndolas descubierto, tomad una manera de vivir que les sea del todo contraria en pensamientos, palabras y obras. ... Hablad con frecuencia contra la vanidad, y, aún cuando os parezca que eso esté contra vuestra voluntad, no dejéis por esto de despreciarla mucho, porque de este modo también por vuestra reputación os ligaréis a la parte contraria, y a fuerza de razonar contra una cosa, nos inclinamos a odiarla aunque al principio le fuésemos afectos". "En tiempo de paz, es decir, cuando la tentación del pecado ... no os cause fastidio, haced muchos actos de la virtud contraria y si no se presentan ocasiones, id a su encuentro; porque de este modo reforzaréis vuestro corazón contra la futura tentación". (Opere di S. F., Venecia, 1769, tomo I, págs. 274-275). Hay aquí una aguda técnica de la inhibición, que encontramos también en el *Espíritu del Cristianismo* (Cfr. Colazza, ob. cit., págs. 95-98), y en Bossuet y en Alfonso de Liguori que muestran la necesidad de preferir a los grandes y extraordinarios esfuerzos los pequeños sacrificios, que, repetidos, se transforman en costumbres y permiten vencer las pasiones más impetuosas. No podemos, sin embargo, concordar con San Gregorio, que aconseja abstenerse también de los placeres lícitos, paar vencer las tendencias ilícitas, ya que la vida cotidiana es tan rica de posibilidades de esfuerzo que no es necesario sacrificar el pequeño bien que la vida nos concede.

Lo que, en el campo metodológico, aceptamos incondicionalmente, del ascetismo, es el principio del esfuerzo. Hacemos nuestra la exhortación de Pablo a los corintios: a iniciarse en las grandes cosas, a mirar siempre más arriba.

"Este medio es de gran importancia; porque es necesario que pasemos muy adelante con nuestros planes y deseos para poder, con obras, llegar al menos a lo que es razonable y conveniente".

Y la recomendación sirve también para los débiles, para los principiantes: "Tú dices que, por ser débil, no te digamos cosas tan altas; y yo te digo que por ser tú débil hay que razonarte y proponerte estas cosas elevadas y de gran perfección

de modo que poniendo tú los ojos en ellas llegues al menos a lo que es razonable y no te quedes tan bajo y atrás en la virtud".

• • •

El ascetismo religioso, a través de aberraciones de orientación y artificiosidad de método, revela una notable grandeza moral y nos ofrece experiencias y máximas que podemos tener en cuenta con gran utilidad para nuestra elevación espiritual.

Toda educación de la voluntad presupone el esfuerzo, el que no es moral sino como renuncia. Justamente un asceta contemporáneo, León Tolstoi, escribía: "Sin la abstinencia no hay vida moral posible". Tolstoi, entre las prácticas ascéticas pone el ayuno. Ahora bien, hay muchos que lo practican como cura. Pero estos no son ascetas. El valor del ayuno ascético ha escapado al P. Semeria, que en su libro *Idealitá buone* (pág. 185) escribe, muy modernamente:

—"En tiempos de una exuberancia física prodigiosa, como fueron los medioevales, el cuerpo, para tenerlo dócil, era necesario enflaquecerlo como a un caballo bricso; — hoy, en esta degeneración física a que asistimos, al cuerpo, para tenerlo dócil, es necesario estimularlo como a un caballo perezoso y derrengado. El *Sport* podría ser así un sucedáneo normal, lógico, y hasta un continuador legítimo del ayuno, y la higiene podría ser una forma nueva de la vieja penitencia".

Prescindiendo del lado heterodoxo, religiosamente hablando, de esta afirmación, lado que no nos interesa, vamos a examinarla desde el punto de vista moral. En Inglaterra se habla mucho de *cristianismo muscular*, de *pecado físico*, etc., pero precisamente en Inglaterra el *sport* es epicureísmo atlético, idolatría de la fuerza muscular, intemperancia física. El esfuerzo muscular no puede parangonarse al ayuno ascético, porque la higiene es puro y simple utilitarismo, mientras que el ascetismo, aún superando la naturaleza negativa de la vieja penitencia, en cuanto tiene un concepto más positivo del pecado, conserva y no puede sino conservar el carácter de espiritualidad que lo pone en el campo ético.

No decimos, por esto, que el ayuno sea más útil que una hora de buena gimnasia. No se trata de utilidad, sino de plano psíquico. La higiene puede aconsejarme prácticas que mi vida moral me prohibe. Sin embargo, moralidad y sanidad física coinciden casi siempre. La abstinencia sexual, por ejemplo, eleva el espíritu y robustece el cuerpo. Y en la abstiencia, el valor del esfuerzo por sí mismo, la conciencia de su significado moral, puede muy bien ser unida a la conciencia y al complacimiento del buen resultado físico. Pero lo que constituye el carácter específico del ascetismo es el desinterés: el sentido ético del esfuerzo.

El luchador que se abstiene de la fatiga sexual, el cantante que respeta ciertas normas de alimentación, etc., no son ascetas.

El ascetismo, pues, es irreducible al voluntarismo puro y simple. En la *ascesis* hay lucha por el superamiento cualitativo. El ascetismo moderno puede superar al antiguo en una más positiva elección de orientaciones y de métodos, pero se entrelaza siempre al antiguo como tendencia del hombre, a realizarse como ideal.

C. B.

(1) *P. Virgilio Capori*: "*Vita del Beato Luigi Gonzaga*". MDCVI, *pág.* 20.

ARTISTAS MODERNOS

Una visita al taller de Villard

No sé de nada, comunmente, de más terrible que una visita al taller de un pintor. Es que en esta época todos los pintores tienen talento. Un talento reposado, disciplinado en la disección de Cezanne, del aduanero Rousseau, o de ambos a la vez. Así como los cirujanos no operan guiados sino por sólidas nociones anatómicas, los pintores de hoy en día han descompuesto y *puzzlé* a Cezanne y al aduanero. Bouguerau se servía de Rafael. Pero Bouguerau no hacía teorías. Y Bouguerau era el honrado proveedor de los antiguos ricos. Y Bouguerau era un bestia y, candidamente, del Instituto.

Hoy en día, jóvenes pintores armados con un sólido vocabulario, presentan sus telas con la habilidad y la volubilidad de un hortera que despliega una pieza de satín. La palabra solidez es por otra parte común a las dos profesiones. Pero el pintor substituye con gusto la palabra: fabricación, a la palabra: construcción. ¡Desde hace diez años hemos visto morir clasicismos! Y ciertamente, los dadas charlaban mejor. Pero me temo que ellos no sean jóvenes distinguidos.

En cada esquina se nos anuncia un arte de descubrimientos. En cada esquina apercibo un arte de vulgarización.

Comunmente, cuando se ha franqueado la puerta del taller se está bastante molesto. ¿Qué decir? ¿Qué hacer? Se está en presencia de un personaje solemne, que tiene algo al mismo tiempo de cura y de marchand. Si por fortuna el pintor explica, estamos salvados. Se adopta la actitud pasiva del auditor delante del conferencista. Algunas veces se mueve la cabeza a manera de aprobación. Pero si el pintor es un gran taciturno que muestra sus telas con un aire de cumplir algún rito misterioso, ¿conviene orar en silencio o adorar en alta voz? O si a veces comenta su obra con una breve fórmula filosófica, ¿será preciso decir, señalando la tela: ¡Ah! ¡qué hermosa es!" o bien seguir al artista en el espacio de las abstracciones y dialecticar con él, como si se pasara el bachillerato de filosofía o como si se estuviese ebrio, a media noche, en una cervecería?

A menudo saliendo del taller de un pintor he pensado en Corot fumando su pipa.

Pero es con entusiasmo y cordialidad que el pintor Antonio Villar enseña los Rousseau colgados en su taller. Es con el mismo entusiasmo y cordialidad que enseña las pinturas y los dibujos que fueron ejecutados por dos pequeños Arabes y por un Tatuador, que él conoció en Túnez. Y es para un pintor de estos tiempos una rara originalidad este entusiasmo por la pintura de otros.

El aduanero... Cómo se lo amaría si alguno de sus inventores no nos hubiesen exasperado. Ellos descubren en él a la Pintura. Y se instalan en él. Existe una escuela del aduanero. Sería más simple decir con Vlaminck: "El aduanero Rousseau era un buen hombre que había conservado un alma fresca de niño. Su falta de habilidad aplicada, su fé ingenua, tan inatacable: su magnífica ignorancia, si puede decirse, era tan cándida, tan ingenua y sus dotes de pintor tan evidentes que sus obras están impregnadas y llegan a veces a la sensible y profunda traducción de los primitivos".

Son de una gran seducción las pinturas de los pequeños árabes.

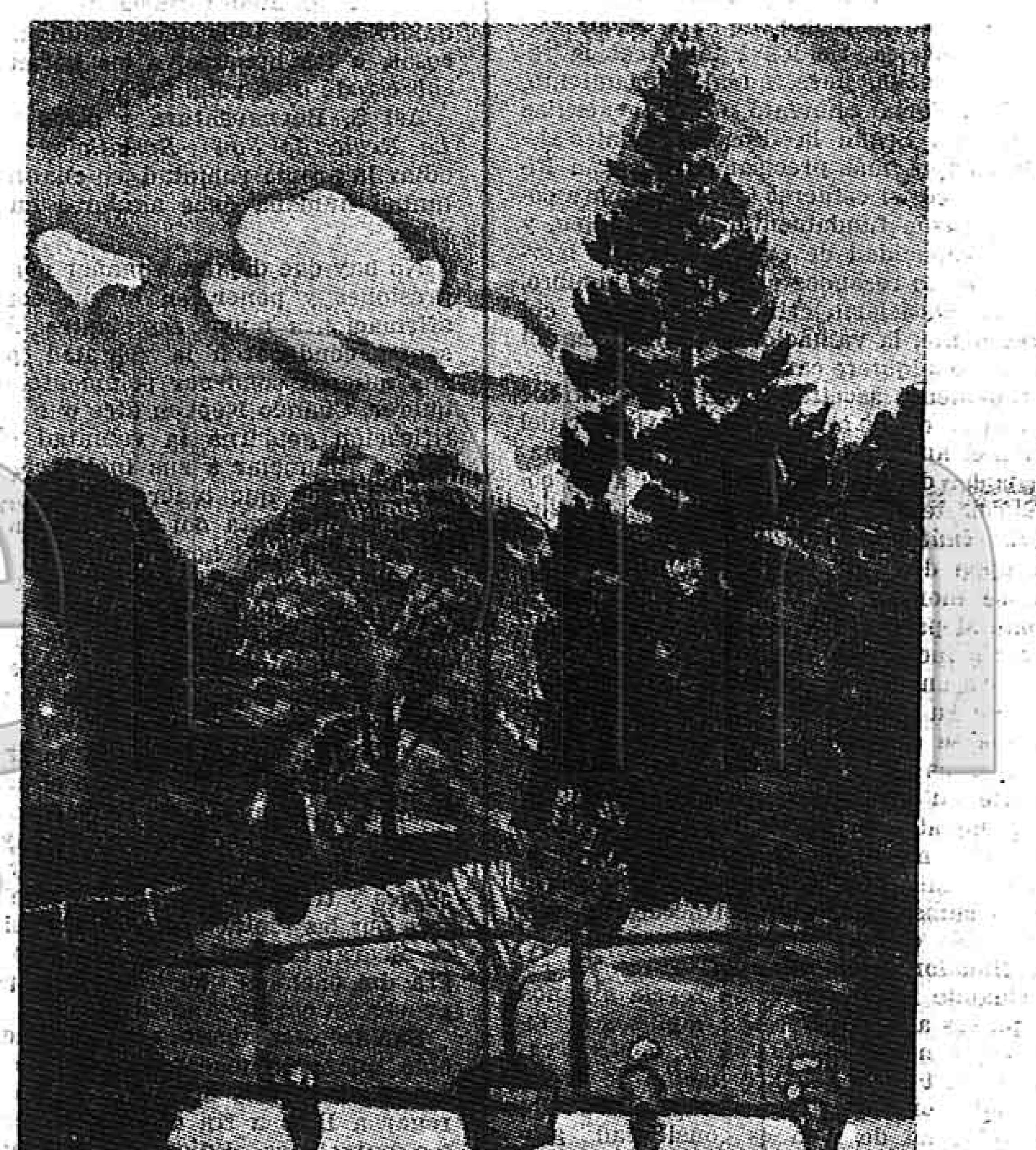
¡Ay! he olvidado sus nombres. Pero los dos pequeños árabes me perdonarán. Porque son niños y no artistas. Por lo demás, muchos niños manifiestan, en sus catorce años, un sorprendente genio plástico, que luego desaparece completamente en la adolescencia o si no se abouguerotea. (Este vocablo equivaldría aquí a: se covallivadinea o ripamontea. — (Nota del traduc).

Naturalmente, esos jóvenes tunecinos han traducido el mundo exterior con la audacia sintética que parecía pertenecer exclusivamente a algunos artistas modernos. ¡Misterio del lenguaje pictural! Esos niños balbucean expontáneamente la lengua de su época? O bien el arte de algunos artistas refinados llega en sus contracciones voluntarias a una transposición tan naturalmente humana que está ya como encerrada en el niño?

Hace ya tiempo que he visto las imágenes del Tatuador. Ellas también dejaron en mis ojos una sensación de magnífica brillantez. El Tatuador ha reunido en una hoja de papel los signos habituales que le sirven en su oficio. Su arte es más tradicional que el de los dos niños. ¡Y qué lección de alegría no daría a algunos de esos pintores filósofos llenos de artistería, ese Tatuador de profesión, un poco apache quizás!

LEÓN VERTH

París.



ANTONIO VILLARD — Paisaje.

Reflexiones

EL ARTE.—

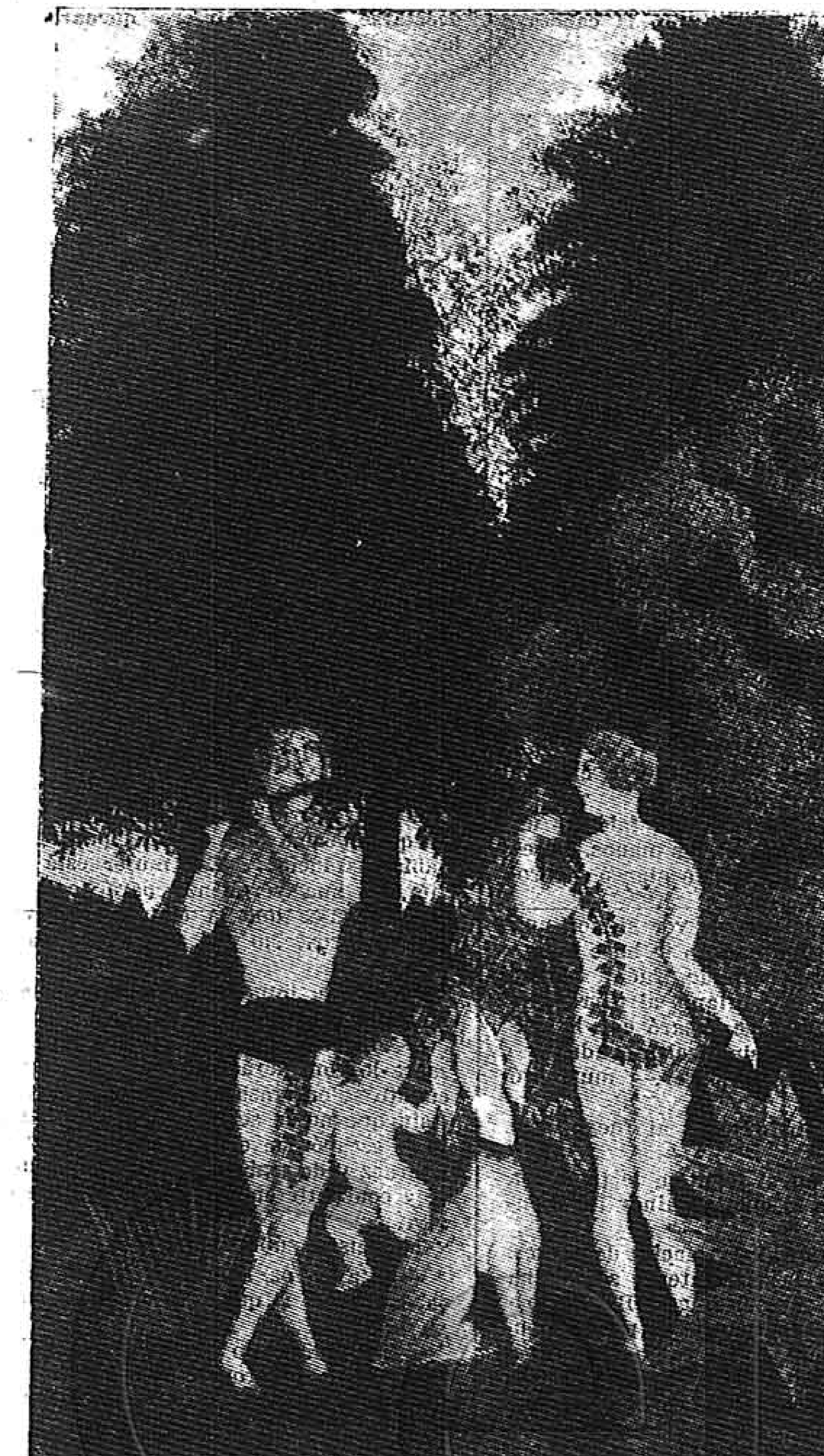
La vida es la mejor obra de arte que existe en la naturaleza. Todo hombre lleva en sí mismo un mundo de belleza infinita. El que mejor se conoce a sí mismo es ya un artista. La vida y el arte se complementan en el movimiento. Sin el movimiento el arte no podría ser expresado. El color, el sonido, la forma, etc., no son más que manifestaciones del movimiento, esto es, de la vida. El arte es infinito como el color, el sonido, la forma y el movimiento, esto es, la vida.

La combinación o disposición de los colores, de los sonidos y de la materia crean o constituyen las formas; pero el arte no está en las formas, sino en el movimiento que las constituye y que expresa y que sugiere. Por eso el arte que no es revolucionario, libre, anárquico, no es más que la caricatura del arte. El idioma del arte es universal, como la ciencia, la vida, el pensamiento. El arte no tiene fronteras ni banderas; es el lenguaje de la humanidad.

El arte es, pues, una manifestación de la vida universal; de ahí que el hombre sea la mejor obra de arte, y por ende, el mejor intérprete de la vida humana, esto es, del sonido, del color y de la forma del movimiento.

EL ARTISTA.—

El artista está en su obra, se refleja en ella, vive en ella; no se explica ni se comprende una cosa sin la otra. El artista y su obra se complementan. La belleza está en la vida del artista; la obra no es más que una parte de esa belleza. Bello es lo que se siente. El artista no piensa, siente; y es artista porque siente lo que otros piensan. Es más difícil sentir que pensar. Del artista diremos con Guyau: "El que no obra como piensa, no piensa del todo". Así el artista que no transmite lo que siente no hace arte. La belleza de la obra está en lo que sugiere. La única escuela de arte es la belleza. La belleza está en la vida, y la vida es el arte del artista. El arte, la belleza y el artista, son o se confunden en una sola cosa: la obra,



HENZI ROUSSEAU (el aduanero) Cuarteto feliz.

De ahí que, el artista, ve y siente las cosas a través de su propio temperamento. "El hombre — escribió Reclús — es la naturaleza formando conciencia de sí misma". Luego, el hombre y la naturaleza son bellos, porque únicamente ellos pueden compenetrarse, identificarse en las recíprocas manifestaciones de la vida.

El arte, pues, está en las cosas como la belleza en el artista; de ahí que el arte y el artista estén encarnados en la vida que la obra expresa y sugiere.

LA MISIÓN DEL ARTE Y DEL ARTISTA.—

¿Tiene alguna misión el arte? Contra la opinión de algunos "peritos", a mí me parece que sí; y hasta me atrevo a decir que la misión del arte es revolucionaria y anarquista. No se asombren los "profesionales" de los "disparates" que pueda decir el neófito que subscribe estas líneas. Veamos. Toda obra de arte expresa y sugiere un mundo de ideas y sentimientos, que cada observador interpreta en el cristal de su propio temperamento, sensibilidad y conocimientos; en eso consiste la belleza de la obra, en despertar, crear, sugerir ideas, sentimientos, reflexiones; esto es, estados de ánimo, de vida, de belleza. El arte por el arte es el axioma de los fracasados, de los impotentes y de los incapaces de experimentar las palpitaciones de la vida humana. El arte por la vida; he ahí la misión anárquica del artista. El que no siente no vive. No se puede expresar ni sugerir más que lo que en realidad se siente. La vida de una obra está en relación directa con la vida del hombre, de la humanidad, del universo. Lo único que perdura a través del tiempo y del espacio, en la naturaleza como en la humanidad, es la vida. Las obras que han realizado su labor, viven en el recuerdo, porque ellas contribuyeron a la elevación y dignificación de la vida humana. ¿No es esa la misión del arte y del artista?

HELIOS

Página de vida anarquista italiana

El movimiento anarquista en Italia, que ha germinado sanamente con la palabra de hombres como Cafiero y Malatesta y que más tarde abrió sus brotes al toque de la pura mente goriana, asumió, después de la guerra mundial, una importancia real y profunda.

Casi como si su alma comprimida durante aquellos sangrientos años de ruina, hubiese súbitamente reflorecido al aliento de la paz.

Y su fe no cambiada por la desventura, pero en virtud de ella reforzada, se sintió cálida y vibrante en el primer Congreso que tuvo lugar en Florencia en abril de 1919 y en el cual fué constituída la actual Unión Anarquista Italiana. Fué verdaderamente conmovedor entonces el encuentro, entre los viejos y los jóvenes compañeros: entre los que habían resistido a la ráfaga tremenda y entre aquellos que las heridas de la guerra habían traído hacia nosotros; entre los que volvían de la tristeza de los destierros y de las ergástulas y entre los que descendían deshechos de la trinchera o que salían envejecidos de las estrecheces gloriosas de la deserción.

La necesidad de una voz anarquista que hablase a las masas día a día, que diese un sello propio a los acontecimientos que se presentaban con los más encendidos colores revolucionarios, fué necesidad sentida por todos los reunidos. De modo que la propuesta de hacer surgir un diario nuestro, presentada por un grupo de compañeros milaneses, se convirtió en la propuesta de todo el Congreso, que concretó los medios para alcanzar tal fin.

Y el trabajo maravilloso de propaganda, iniciado inmediatamente después del armisticio, se desarrolló por aquella onda de nuevo entusiasmo, y dió resultados tales como para sorprendernos a nosotros mismos. No existía entonces en Italia un solo pueblo sin su grupo anarquista, sin su pequeña sede para las reuniones nocturnas; pequeña y gris casa, la más pobre de todas pero de todas ciertamente la más pura... y hoy la que más sangre vierte de las grandes grietas de sus urdimbres heridas.

¿Quién dice, quién escribe, en la hora de todas las calumnias, que el gallardete fascista ha conquistado los corazones y cortado y arrancado los recuerdos?

Nosotros conocemos aquellas ciudades, aquellos pueblos, aquellas aldeas una por una; hemos partido el pan de la pobreza con los sencillos habitantes de aquellas humildes casuchas; hemos besado, una por una, todas aquellas banderas negras, libres como grandes alas de golondrina extendidas en el azul; hemos visto llorar a nuestras gentes a la sola palabra de libertad, y bien sabemos, por tanto, que miente a sabiendas la prensa protegida por el puñal *littorio*.

El anarquismo tuvo sus días de gloria mayor, de gloria expontánea e inolvidable en las manifestaciones que la muchedumbre tributó a Errico Malatesta, cuando, por la lucha que sostuvo la Unión Sindical Italiana, él, desterrado en Londres, pudo retornar a Italia. ¡Oh, días que ninguna desventura ni ninguna desilusión podrán jamás borrar de nuestra memoria!

En las estaciones de cada ciudad de Italia no estaban solamente los anarquistas para abrazar al compañero queridísimo, sino un pueblo entero saludando a su ciudadano que lo había honrado conservando fe en una noble idea y permaneciendo puro a través de todas las renuncias, de todas las esposas y todos los destierros.

Nosotros recordamos larguísimas calles regurgitantes de pueblo aclamando y soldados y marineros que rompían la consigna para acercarse a Errico y sollozos mal reprimidos y periodistas en acecho a lo largo de las calles para poder, de sorpresa, detener sobre la calzada al que, decían ellos, revolucionaba el mundo.

De tal ocasión un nuevo impulso vivificador tuvo nuestro movimiento y en febrero de 1920, con la dirección confiada a Malatesta, salía en Milán el primer número de *Umanitá Nova*.

Diario fué éste de ideas y de batallas, hoja resurgida por tres veces de la hoguera y definitivamente suprida en la marcha para la conquista de Roma; hoja que quiso estar junto al afanoso aliento de las masas y que fué a buscarlas en los talleres, en los campos, en el trabajo de la vida y que trató de educarlas en la conquista del patrimonio ideal de sus aspiraciones.

Entretanto se habían venido delineando claramente en el movimiento anarquista algunas corrientes.

El individualismo de la vieja manera casi desaparecido.

Los discípulos de Galleani, contrarios a la organización en partido y contrarios a la participación positiva en la organización obrera.

Y los anarquistas agrupados en la Unión Anarquista Italiana.

En esta última estaban todos los anarco-sindicalistas de la Unión Sindical Italiana. Frente a ellos, dentro de la Unión Anarquista había una corriente formada por compañeros favorables a la participación activa en el movimiento obrero, pero no a la teorización de un método sindicalista, considerando, ellos, al método sindicalista incapaz de elevarse a las alturas revolucionarias y, por consiguiente, que no valía la pena de dividir al proletariado en el terreno obrero. Mas, considerando que la división existía, preferían la Unión Sindical a la Confederación del Trabajo, aunque no consideraban contradictorio el hecho de ser anarquista y de dirigir organismos obreros adherentes a la organización reformista. Errico Malatesta y Luigi Fabbri eran de esta tendencia.

En el segundo Congreso efectuado en Bolonia en julio de 1921 mientras en Ancona — baluarte del anarquismo — el cañón desgarraba a la generosa ciudad en fraternización con los *bersaglieri* amotinados por no querer llevar las armas a Albania, y la sangre de los mejores compañeros enrojecía las piedras de aquellas calles en tumulto, a nosotros, redoblados en fuerza y en número con héroes que sabían luchar cuerpo a cuerpo con la destituída guardia nittiana, con una masa admirable de tenacidad y de sacrificio, a nosotros, conocedores de la obra nefasta del gran bloque de los sedicentes revolucionarios, a nosotros nos pareció entonces estar verdaderamente en vísperas de la tan soñada revolución.

Pero en vano *Umanitá Nova* trató de llevar hacia una salida revolucionaria todos los movimientos de clase; en vano la palabra de los anarquistas y sobre todo de Malatesta, que consideraba embarazosa la fórmula "la revolución será anarquista o no será", trató de hacer converger hacia una acción común todas las tendencias de doctrina y todas las fuerzas actuantes.

¡En vano! que en los días de gloriosas revueltas, de admirables luchas, de sacrificios luminosos, de insurrecciones heróicas, la masa fué siete veces traicionada, excomulgada y aislada por sus dirigentes oficiales.

La reacción y el fascismo tuvieron tiempo y medios para preparar su obra y cuando, con la rendición de las fábricas y de los talleres, el látigo de Giolitti restalló en el aire amenazador y el puñal fascista resplandeció entre los dientes de la... "*magnifica juventú nueva*", la muchedumbre, rechazada y replegada sobre sí misma, sintió la amargura del descenso y el comienzo del tormentoso camino de la derrota entre breves lampos de heroísmo aislados y tristes sonrisas de labios muertos entre la ráfaga asesina que perseguía a los traicionados.

Y sin embargo en el tercer Congreso realizado en Ancona en 1921, después de más de un año de hosco terror, todos nos encontramos en aquella magnífica Casa del Pueblo — hoy informe montón de piadosas ruinas — y la bandera negra desplegada en la más alta ventana del edificio parecía saludar y recordar y besar todas las banderas acribilladas y los muertos desparramados a lo largo de la marcha... de la romana victoria, y los restos ennegrecidos de las destruídas casas proletarias y los cráneos dispersos en los caminos ensangrentados; parecía un gran rayo de luz en la noche, un gran beso de amor en la angustia de la agonía.

• • •

Hoy la hoz de la destrucción ha pasado sobre toda la tierra de Italia. La gloriosa bandera de Ancona, de nuestras cien y cien banderas negras, fué la última lacerada y ultrajada.

Cuando la vimos agonizar junto a la hermosa cabeza del jovencito adolescente que por tres veces, ante el revolver del fascista, había gritado: "¡Viva la Anarquía!", todos nosotros sentimos el desgarramiento de aquel fin, pues bien sabíamos que había caído la última reserva de nuestra resistencia, bien sabíamos que estaba destruído el ritmo de nuestra vida con el exterior de la última de tantas ciudades crucificadas. Pero donde la tierra sintió el soplo de la libertad, las raíces de los brotes cortados no pueden marchitarse y secarse.

En el corazón de Italia, sobre las piedras de la ciudad anarquista hoy cerrada en su dolor, la divina boca de un adolescente sin mácula ha grabado con el último chorro de su sangre purísima las palabras mágicas: "¡Viva la Anarquía!"

Y eso será.

Virgilia d'Andrea

CRIMEN

I

Cuando Pedro entró en su casa dejaba fuera el campo, ya cubierto de noche.

La lluvia había adelantado el crepúsculo. Mediaba octubre, y en las hojas inseguras y escasas de los árboles; en el cielo de nubes, bajas y grises, cruzado por las aves que emigraban a otros climas benignos; en las fogatas que los vagabundos y los leñadores encendían con las ramas hostiles a la llama, se presentaba el invierno.

El agua enfangaba los senderos, encharcaba los prados de hierba rojiza, embarraba y crecía el río cercano. Desolación infinita caía con la lluvia sobre el campo silencioso.

—¡Rediela, qué noche! Mañana amanecen helados los charcos.

Mientras hablaba, Pedro sacudía la recia manta, esparciendo en torno suyo el agua. Francisca, su mujer, le acercó una silla..

—Siéntate ahí, junto al hogar. Vendrás aterio, pobrín.

—No lo sabes tú bien. Hay que ver como está el camino hasta en ca el amo.

—¡Mala noche pa los caminantes!

—¡Mala es la condená!

Pedro se tendió frente a la chimenea, calzados los pies con fuertes botas de cuero sin curtir, hacia el fuego. Los leños ardían alegremente. Sobre ellos, sujeta en la cadena, pendía la olla de hierro, donde sonaba el caldo hirviendo para la sopa.

El resplandor movía luces y sombras en la habitación. A veces chispeaba el cobre de alguna cacerola, o surgía de la oscuridad, para hundirse en ella nuevamente, el rostro ancho y sereno de la mujer.

—¿Cenaremos, Pedro?

—Tú verás.

—La cena está pronta.

—Entonces...

Ella iba y venía de la mesa al armario de pino, colocado en una de las paredes, junto a los aperos hortícolas. Fué poniendo los platos, de loza floreada, los cubiertos de madera ennegrecida por el uso, los vasos amplios y fuertes, el jarro lleno de vino rojo que dejaba limpido y transparente el cristal y causaba una grata sensación de bienestar en el estómago después de las salsas espesas y picuantos. Cortó en dos pedazos la ancha hogaza de miga blanca, perfumada de campo, y con la corteza que crujía al partirse.

Encendió el velón de cobre, brillante como el oro... A la luz, pareció agrandarse la habitación de paredes encaladas y de techo de vigas oscuras.

Luego, yendo hasta el hogar, cogió la olla de hierro para volcar su contenido sobre la cazuela, donde esperaban los pedazos de pan duro. Con el caldo cayeron trozos de carne y de tocino, de chorizo, casi negro de tan añejo, y la obscura morcilla, en que blanqueaban los piñones.

—¡Bien huele!

La mujer se echó a reír con una carcajada que la desnudó la nitidez de los dientes.

—¡Mejor sabrá!

Se sentaron alegremente a la mesa.

Al segundo vaso de vino, Pedro tuvo que desabrocharse la zamarra y el chaleco.

Cerradas a la noche la puerta y las ventanas, hacía calor dentro de la casa.

El tiempo parecía haberse dormido en una quietud de paz y de bienestar.

Fuera, la lluvia seguía cayendo, enfangando los caminos, desnudando los árboles, engrosando las aguas del río. De vez en cuando se oía chillar, siniestra, a la corneja.

—¿Y qué diz el amo, Pedro? — preguntó Francisca.

—Na. Lo de siempre: gaitas. Que si no fuera porque nosotros somos honraos y formales pa el pago, que aumentaba el arrendamiento. Ya ves tú; ¡con lo poco que rinde la huerta!... Yo se lo hice ver con números, ¿sabes? Paiz que se convenció.

—¿Y hará la obra?

—¿Sábeslo tú? Pues yo tampoco. Ni digo que sí, ni digo que no; pero antójaseme que sí la hará. Pué mucho en él la consideración de ser como somos, que naide tié que decir ná de nosotros.

Ella asintió con la cabeza. Luego trajo del armario otro plato, con uvas ásperas y crujidoras.

¡Ah! ya se me olvidaba — dijo de pronto Pedro —. ¿Ha estao aquí la tía *Chufla*? Me la encontré al doblar el tapial de la huerta y paizme que de aquí salía.

El marido dió un puñetazo en la mesa.

—¡Contra! ¿Cómo voy a decirte que no quiero que esa bruja pise el umbral de mi casa?

—Se muere de hambre, Pedro.

—¡Que se muera, contra! Esta casa no es un asilo, y menos para esa tía infierno, que onde pone la planta deja la baba. ¡Rediela! ¡Me lo había figurao!... Lo menos se creen tós que apaleamos onzas.

Francisca protestaba débilmente.

—No es que apaleemos onzas, Pedro... Pero un plazo de pan entavía podemos darle. Además la hija del tío *Chufla* está de parto.

Pedro se encaró con su mujer, adelantando el busto por encima de la mesa. El vino, repuesto por tres veces en la jarra, y la indignación le habían enrojecido el rostro.

—¿Se sabe quién es el padre del chico? No, ¿verdad? Pues, ¡entonces!... Esta es una casa honrá y aquí no se abre la puerta a sinvergüenzas como la tía *Chufla* y su hija. ¡Vamos, hombre! ¡Si me lo había maliciao!... Y que esa es de las que gilelven.

—No golverá, Pedro.

—Y si güelve la echas. Cuando se tié una hija como esa se la lleva a la ciudá, que allí ganan dinero las pindongas.

—Bien, hombre, bien. Ya lo he oído... Descuida...

—Sí, sí; "Descuida"; y aluego: "Ahí va, tía *Chufla*, y que no se entere mi mario"...

Largo tiempo disputaron. Al fin, como ya estaban próximas las diez, y al día siguiente, aunque domingo, habrían de madrugar para oír misa, se acostaron.

Profundo silencio envolvía la casa. Los leños en el hogar se encenizaban lentamente. Fuera, la lluvia seguía cayendo tozuda e implacable.

Francisca no lograba conciliar el sueño. Estaba nerviosa, inquieta. Las últimas palabras de su marido la recordaban a la madre lejana, que sabe Dios en qué vergonzosos lugares de la ciudad estaría en aquellos momentos.

Un pitido angustioso rasgó la noche y quedó vibrando en el aire.

"El tren de las diez y media" — pensó Francisca.

Y, piadosamente, rezó una salve por los caminantes, por los que no tenían hogar, por su madre..

II

En la puerta de la casa dieron dos golpes secos. El perro empezó a ladrar furiosamente.

Francisca se estremeció. Medio incorporada azuzaba el oído.

En la habitación obscura sonaba lento e isócrono el antiguo reloj de pared. El perro ladraba con menos fuerza.

Pero dos nuevos golpes, más enérgicos, más imperiosos que antes, volvieron a arrancar ladridos de alarma.

Francisca agitó a su marido por el hombro: —¡Pedro! ¡Pedro! Despiértate... ¡Pedroo!

Pedro tardaba en despertarse.

—¿Pero no oyes, hombre? Están llamando abajo.

—¿Eh? ¿Qué?... ¿Qué pasa?

—Que llaman a la puerta.

—Bueno, déjalo. Algunos que van de broma. Y volvió a arroparse, dispuesto a reanudar el sueño...

El perro seguía ladrando. Desde arriba se oían sus resopllidos al husmear bajo la puerta.

Volvieron a sonar los golpes.

Pedro, ya inquieto, levantó la cabeza. Su mujer saltó al suelo.

—¿Onde vas, chica?

—A ver quien llama.

A tientas avanzó hacia la ventana y la abrió. Una bocanada de lluvia y de viento la azotó la cara y la garganta, desnudas.

Miró hacia abajo. Delante de la puerta había una mujer.

—¿Quién es? — preguntó Francisca.

Al oír la voz levantú la mujer la cabeza.

—Abre, Francisca... Soy yo.

Francisca retrocedió, espantada.

—¡Jesús! ¡Dios me valga!

El marido, sentado en la cama, la interrogó:-

—¿Qué? ¿Quién es?

—¡Madre!

—¡¡Tu madre??

Ella asintió con la cabeza.

Pedro barbotó una blasfemia, y, mientras su mujer bajaba de dos en dos las escaleras, empezó a vestirse.

Francisca abrió la puerta. Su madre cayó en sus brazos, oprimiéndola, enfriándola el cuerpo con el suyo, empapado en agua.

—Pero, madre... ¡Usté?

—Yo, hijuca; yo misma. Cierra, cierra; que vengo muerta de frío.

Ya bajaba Pedro con una falda y un mantón de Francisca en las manos. Antes de saludar a la madre, le alargó las ropas a su mujer.

—Toma, ponte eso. A ver si por una tontería cojes algo que no te hace falta.

Luego, siempre ceñudo, fué a cerrar la puerta; dió un puntapié al perro, que seguía gruñendo y se encaró con la madre de Francisca, sin decirle nada.

—Buenas noches, Pedro — murmuró la viajera.

Se había sentado junto al fuego, casi extinto.

Arrebujada en el mantón, le temblaba el cuerpo y se le oían rechinar los dientes.

Era una mujer alta y maciza de carnes. Próxima ya a la cuarentena, se notaba que debió ser muy hermosa. Bajo el pañuelo de la cabeza surgía el pelo, escandalosamente pintado de rubio y empapado de agua. Tenía el rostro ajado por los afeites y el cansancio. Los ojos se hundían en la ancha cardenidad de las ojeras. Los labios, resecos, agrietados, descubrían la dentadura negruzca; el agua le había despintado los carrillos, pintados de color barato.

—¿Querrá tomar algo, verdad, madre? —preguntó Francisca.

—Sí; lo que tú quieras. No he comido nada desde que salí de allá. ¡Ay, Dios, qué noche!

Pedro paseaba ceñudo, mordiéndose los labios.

—Te he saludado antes, Pedro — dijo humildemente la madre.

—Ya lo oí, señora Luisa; ya lo oí. Es que... ¿sabe?... Estaba en el primer sueño y esto siempre molesta.

—Bien lo siento yo, hijos; pero vosotros sois buenos y me perdonaréis.

Ninguno de los dos contestó.

Francisca andaba atareada, sacando del armario de pino los restos de la cena.

Pedro pensaba en la historia vergonzosa de Luisa.

Aquella fuga, ocho años antes, dejando abandonada a Francisca, a quien hubieron de recoger unas vecinas. Luego, en la ciudad, rodó de unos hombres a otros... Pedro la vió en cierta ocasión que fué a comprar herramientas para la labranza. Estaba parada en una esquina, con la cabeza cubierta de peinetas brillantes y de lazos chillones, el rostro pintado como el de un payaso y el cuerpo matronil vestido de telas claras.

—Bueno; ¿y a qué viene?

Se paró delante de ella, cruzando los brazos sobre el pecho, asaetándola con la mirada.

Luisa se echó a llorar. Francisca protestó.

—Parece mentira que seas así, Pedro.. Anda, acuéstate... Déjanos a las dos que hablemos... Y mañana, Dios dirá... Madre tiene que explicarse. ¿Verdad, madre?

La madre asintió con la cabeza. Los sollozos le impedían hablar. Se le había caído el pañuelo de la cabeza y se la veía el pelo pintado de rubio y negreando en las raíces.

Pedro se encogió de hombros y subió a acostarse. Las dos mujeres quedaron solas.

III

Era cerca de media noche cuando entró Francisca en la alcoba. Traía la cara encendida y los ojos hinchados por el llanto.

Pedro estaba despierto.

—¿Qué?

Nada. La he puesto en el cuarto de aquí al lado. Habla bajo, se oye todo.

—No me da la gana. Pa eso estoy en mi casa.

Pero bajó la voz instintivamente. Francisca se quitó la falda y el mantón y se acostó junto a su marido.

—Bueno; ¿pero qué? — insistió Pedro. —¿A qué viene?

—Viene arrepentía, quiere ser buena, morir a nuestro lao; será lo que queramos que sea... ¡Si la vieras! Se arrodilló elante de mí; me pedía perdón, me besaba las manos; dice que será criada nuestra, lo que queramos...

—Claro. Ahora que está vieja y no la quien los hombres...

Francisca se indignó.

—¡Pedro! ¡Que es mi madre!...

—Qué madre ni qué ocho cuartos. Es una tía, ¿lo oyes? Y en casa no pué estar. Pa qué querían más en tó el pueblo. Nos habíamos lucío... Esa mujer está maldita, es una vergüenza para tos. Y encima quies que la traigamos a vivir con nosotros? No pué ser, Francisca, no pué ser...

Francisca, hundida la cara en las almohadas, lloraba.

—Además... Te olvidas del amo... Tú sabes lo consideráos que nos tiene; y en cuanto se enterase nos echaba a la calle. Asín que no le sentó mal cuando su hijo se escapó con ella... Sólo a fuerza de honraez y de trabajo consiguió perdonarte y consentir en arredarnos esto de que vivimos.

Francisca suplicaba:

—Baja la voz, hombre... ¡Está ya vieja, la pobre! A quién va a acudir sino a su hija...

—Que había sio honrá como su hija.

—Es que yo tropecé contigo, que eres un hombre bueno... ¡Tuvo ella la culpa de tropezar con un canalla!...

—¡Francisca!

—¿Qué?

—Que ese canalla es el hijo del amo, y aunque no lo fuera. Tu madre no pue vivir aquí, ¿lo oyes? Mañana temprano la acompañas a la estación y la pagaré el billete de vuelta, ¿lo oyes? Y ahora a dormir, que tengo la cabeza como un bombo...

IV

Apenas amaneció, Francisca fué al cuarto donde dejó a su madre la noche anterior. En el cuarto no había nadie. Bajó a la habitación de la planta baja. Nadie tampoco. La puerta de la calle que cerrase Pedro la noche anterior con cerrojo estaba abierta...

Un presentimiento doloroso la oprimió el corazón. Permanecía inmóvil, contemplando estúpidamente el campo, que empezaba a iluminar la primera luz del día.

Había cesado la lluvia. Delante de la casa el suelo estaba encharcado. En el aire brumoso sonaba débil la campana de la iglesia.

Al sentir una mano sobre el hombro, Francisca se volvió bruscamente. Era Pedro.

—¿Y tu madre?

—No sé. En el cuarto de arriba no está, aquí tampoco... La puerta ya ves, abierta. Se debió marchar.

—¿Y aonde?

—Eso digo yo... ¡Ay, Pedro! Dios quiera que no se haya...

—¡Sólo eso nos faltaba!

Los dos pensaban lo mismo. Pero no se atrevían a decirlo.

Al fin ella fué quién rompió el silencio.

—Anda, Pedro... Ve a ver si averiguas algo..

Pedro se echó la manta sobre los hombros, se ajustó bien la boina y salió de la casa, camino del río, empujado por el presentimiento de algo trájico.

Cuando volvió, mediada ya la mañana, Francisca le echó los brazos al cuello...

—¿Qué? ¿Qué? ¿Sabes algo?

Pedro venía ceñudo y muy pálido...

Hace un rato la han encontrao ahogada en la laguna grande que hay cerca de las moreras.

Francisca quiso gritar y no pudo. Agitó los brazos en el aire, y a no sugetarla Pedro, se hubiera aplastado la cara contra el suelo.

El marido soltó una blasfemia.

—¡La maldita vieja! ¡Ya pudo matarse en la ciudad!

JOSÉ FRANCÉS

Breviario de la contrarreacción

LA ILUSION DEL DEMOCRATISMO.—

No queremos hacer un resumen de las infamias escritas y pregonadas contra los anarquistas por haberse atrevido a levantar objeciones contra la mentira democrática; hace cincuenta años que nuestro movimiento expresa con claridad meridiana la significación de esa piadosa ilusión; y podríamos llenar un libro con los adjetivos injuriosos y despectivos de que se nos hizo objeto; desde entonces por fin ha llegado el momento de la caída mortal de la democracia, burguesa o socialista, que en último resultado sólo difieren ambas en sutiles divergencias nominales.

Y los que hace bien pocos años oficiaban de sacerdotes celosos del democratismo, los más irreductibles y los más fanáticos, apelan hoy a la dictadura. En lugar de seguir la evolución natural del pensamiento y reconocer nuestras ideas, el mundo político, socialista y revolucionario, obligado a constatar la muerte de la democracia en la impotencia y en el descrédito, dá máquina atrás y vuelve a empuñar el arma política del despotismo, el instrumento de la dictadura.

Donde los parlamentos existen sólo ejercen funciones decorativas, como siempre, pero de una manera mucho más ostensible y palpable. En España, en Italia, etc., se estimó oportuno y conveniente dar al parlamento la misión que le corresponde o sea la inacción. No se necesita ser un profundo conocedor de la vida política para comprobar que el parlamentarismo no existe ya en casi ningún país, que la realidad política es la dictadura declarada como en Rusia, en España o en Italia o la dictadura disimulada defectuosamente gracias a la persistencia formal de la decoración parlamentaria. En Francia vemos aún la apariencia de Parlamento, pero la verdad es una dictadura irresistible del grupo industrial cuyos intereses representa Poincaré. En la Alemania de los socialdemócratas, el último refugio de la democracia, la constitución de Weimar ha pasado a la categoría de los trastos viejos y el sistema de gobierno es una dictadura militar que interpreta los sentimientos y las aspiraciones de los agrarios y de los grandes industriales reaccionarios.

No somos nosotros solos ya los que nos burlamos del parlamentarismo; nos acompaña la totalidad de la opinión de todas las esferas sociales. ¿Quién es el que defiende hoy la democracia? Es posible que en los congresos socialistas se pronuncie aún esa palabra vacía; pero en verdad basta los mismos gobiernos socialistas se burlan de ella. Sólo que en lugar de substituir la democracia mentirosa con nuestra ausencia de todo gobierno, con nuestra anarquía, se generalizó el método gubernativo que en otros tiempos se empleaba solamente en períodos excepcionales: *la dictadura*. Cincuenta años han sido mantenidas las masas populares con esa panacea absurda que ha costado tantas desilusiones. Y esa panacea fraguó la fortuna personal de muchos arribistas, pero encadenó más aún el trabajo al carro del capital. El parlamento es la contrarrevolución, decía Proudhon el pueblo francés; pero no fué comprendido ni escuchado. El sufragio universal es el sello de la legalidad en la esclavitud de los trabajadores, repitió Bakunin en todos los tonos; Malatesta ha creído deber dedicar grandes esfuerzos de su vida a sacar a la vergüenza pública la mentira democrática y el peligro que representa esa ilusión para las masas obreras.

Por otra parte la evolución de la democracia hacia la dictadura no tiene nada de particular. Hace años leíamos en un libro del viejo Eucken, más o menos, que no es un hecho del azar que Alemania, en donde la tendencia a la omnipotencia del Estado es tan señalada, sea precisamente el país en que la socialdemocracia ha hecho más rápidos progresos; y es que la socialdemocracia, según Eucken, interpreta la tendencia a la estimación exajerada del Estado a la dictadura el paso no es muy grande. Lo dieron primeramente los bolchevistas y a los bolchevistas siguieron todos los partidos obreros y burgueses. Si hoy se levantara una voz seria en defensa del democratismo, sólo provocaría burlas y risas. Donde se admite el Estado no puede eludirse la admisión y el reconocimiento del Estado despótico. Gracias a los acontecimientos políticos y sociales de esta época, el carácter despótico del Estado en general ha sido descubierto y puesto a la luz del día; si el proletariado internacional no comprende la significación del principio de autoridad en la vida social de ahora, no hallará nunca un instante más propicio para un conocimiento intuitivo y sensible.

DICTADURA O ANARQUIA.—

Tenemos que señalar un progreso indudable en el dilema político de la sociedad moderna; antes se hablaba de teocracia o de aristocracia, de república o monarquía, de gobierno de la burguesía, o gobierno de los trabajadores; actualmente los términos del problema social están planteados más claramente: *o dictadura o anarquía*. Ya no hay términos medios, después de haber desaparecido los suavizamientos teóricos de la acción estatista. Todos los sistemas de gobierno se unieron sobre la base del método dictatorial, que es el verdadero, el gobierno sin disfraces ni paliativos. Ejérzase la dictadura en nombre del fascismo, de la casta militar, de los grandes industriales o del proletariado, el resultado es el mismo: el encadenamiento y la miseria de las clases trabajadoras y el fortalecimiento de la posición de los privilegiados. Contra la dictadura no hay ya el recurso de la mentira democrática, del constitucionalismo, del liberalismo, de la expresión de la voluntad popular en las elecciones. Las experiencias han sido bastante dolorosas y satisfactorias como para no volver á reiniciarlas. El que hoy no admite la dictadura, si es honesto y sano de corazón, si no busca la satisfacción de sus propios intereses a costa de los intereses ajenos, no puede volverse más que a la anarquía.

Los comunistas no se atreven ya a decir como en los primeros tiempos: o dictadura de la burguesía o dictadura del proletariado. La similitud salta a la vista del más torpe. Las palabras de orden de hoy y de mañana son y serán: *o dictadura o anarquía*. Estado o ausencia de Estado.

Debemos insistir hasta el cansancio en ese dilema de la época, que no es nuevo para nosotros, pero que es nuevo para los pueblos en su totalidad. El Estado es la dictadura, es el despotismo. Si los períodos de calma social envuelven en disfraces más o menos transparentes ese carácter esencial del estatismo, el menor peligro efectivo para la estabilidad del orden imperante quita la máscara al liberalismo gubernativo.

La *iniciativa libertaria* de que nos habla Nettlau sería hoy esta: una nueva cruzada unitaria para ofrecer a las masas obreras y a los elementos sanos de la vida social de todos los países, los términos del dilema presentado por las circunstancias de esta época: o dictadura o anarquía. Hasta ahora ese dilema fué defendido en nuestra propaganda teórica, pero hoy surge de la vida misma y será mejor comprendido si exponemos el ejemplo de la realidad que si aducimos razones más o menos abstractas. El Estado liberal era una ilusión que difícilmente superaban nuestras críticas en la conciencia de las grandes masas; la realidad ha venido en nuestro apoyo y debemos aprovechar la coincidencia para fortalecer la significación de nuestras ideas.

Se habla de una revisión del anarquismo; no creemos que necesite revisión alguna, sino su comprensión. La vida cotidiana no exige rectificaciones en nuestras ideas, al contrario, las ratifica, y debemos hacer esa ratificación y divulgarla con todos los medios.

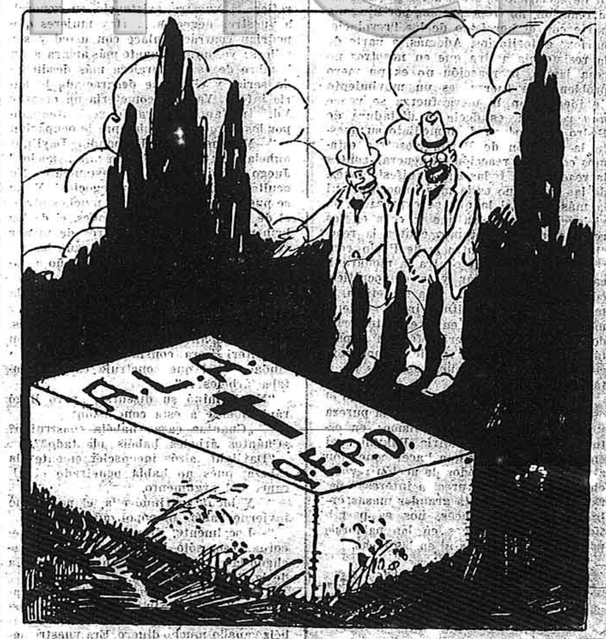
Los planos de la unificación de las fuerzas vitales de la sociedad contemporánea son por una parte el Estado y por otra la anarquía; en este momento la balanza se inclina de parte del estatismo y triunfa la reacción. Cuando llegue nuestra hora los sentimientos antiestatistas no se perderán en las vías intermedias y falsas de un liberalismo vergonzante, sino que aceptará plenamente nuestras conclusiones. Esto habrá que agradecerlo en primer lugar a la experiencia rusa, cuyos resultados han sembrado el desaliento en las masas revolucionarias. Es inútil que los rublos rusos intenten disimular la desilusión de los trabajadores de todos los países, comenzando por los trabajadores rusos; el moscovitismo no es un movimiento popular, sino una propaganda de asalariados del gobierno del Kremlim, cuyos fundamentos son artificiales. Por esa razón, para desviar las masas obreras del obsesionante dilema: dictadura o anarquía, los abogados de la dictadura rusa no hallan mejor medio que la calumnia y la difamación del anarquismo y de los anarquistas.

EL ANARQUISMO FRENTE A LA REACCIÓN.—

Cuando se inició el avance franco de la ola reaccionaria que dominó en poco tiempo el mundo entero y sofocó las aspiraciones proletarias en los himnos triunfales del despotismo, surgieron voces que nos apelaban, — con sinceridad unas, y maquiavélicamente las otras, — a la formación de un frente único revolucionario contra tal o cual movimiento de la reacción. Nosotros hemos visto nuestras fuerzas verdaderamente unidas contra el enemigo común y no entendíamos que fuera posible un frente único; pues no ignorábamos nuestra soledad y nuestro aislamiento en la lucha contra la dictadura. Nos asombró tanto la proposición de los comunistas para combatir el fascismo de Mussolini como nos hubiera asombrado la proposición de Mussolini para combatir el fascismo de Lenin. Tales procedimientos no entran ya en nuestra táctica, pues en las contiendas entre las clases dominantes, los revolucionarios no tienen nada que ganar y en cambio pueden perder mucho. Ayudando a un gobierno contra otro, lo que haríamos sería reforzar la existencia de los gobiernos en general. El anarquismo es una doctrina antiautoritaria y no puede pactar acciones comunes más que con las masas populares, y eso porque esas masas populares son instintivamente anárquicas y solo hace falta que despierten de veras para qué realicen en la vida práctica nuestras ideas. Con partidos de gobierno o con gobiernos, cualquiera que sea su color o su origen, no tenemos nada que hacer; el contacto solo podría perjudicarnos, porque nos llevaría a nuevas desilusiones, y a constataciones infantiles innecesarias. El anarquismo no nació ayer a la vida revolucionaria y pese ya suficiente experiencia para no incurrir en estos momentos en inútiles desviaciones de su acción, — desviaciones que fortificarían la situación de los elementos y las ideas del pasado.

El anarquismo ha resistido el otro gran período de reacción de la historia contemporánea, el que siguió a la Comuna de París y contiene en sí la fuerza moral necesaria para superar este período crítico que atravesamos. El socialismo autoritario quedó vencido en la otra gran reacción y no volvió a ocupar su puesto en las luchas proletarias, en las que pretendía antes de la Comuna llenar una misión; hoy vemos cómo el socialismo autoritario se ha puesto a la cabeza de la reacción estatal y capitalista en casi todos

DESENLACE PREVISTO



—Pobrecita, qué fin trágico el suyo...
—Sí, murió prematuramente de un ataque de... risa
—Y tantas esperanzas que teníamos cifradas en la criatura ¡Que lástima que le hayan faltado oxígeno! !!

los países; en la arena del combate revolucionario no queda más que el anarquismo y el anarquismo es indestructible, —indestructible precisamente porque no es un mero problema de fuerza, susceptible de caer vencido tras los resultados de una batalla victoriosa para sus enemigos. El anarquismo es un producto social y un problema moral contra el cual es impotente la tcheka y el *manganello*. El *manganello* o el revólver, la granada de mano o el destierro a Siberia pueden matar los hombres, pero las ideas persisten y no son vencidas más que con las ideas. Sólo cuando el leninismo o el mussolinismo demuestren a los pueblos que sus concepciones de la vida son superiores a las del anarquismo, tendrán verdadera eficiencia sus sistemas de terror contrarrevolucionario.

Se nos pregunta por nuestra posición frente al problema de la reacción triunfante. Los comunistas nos dicen: he ahí nuestra resolución, queremos el frente único de todos los elementos de izquierda (esto lo dicen en ciertos países, en otros buscan el frente único con los elementos de la extrema derecha). Nosotros no hemos intentado nunca comprimir en una resolución protocolar nuestra actitud frente a un período histórico tan complejo. En ciertas ocasiones no sabríamos qué responder a tal pregunta. Son tales nuestras preocupaciones en la lucha contrarreaccionaria, que nos queda poco tiempo para dar una expresión literaria a nuestras tareas; frente a la reacción podemos asegurar una cosa: *que no nos rendimos ni transamos, que no desertamos de nuestro puesto, que no arriamos nuestra bandera.* En esa actitud espiritual está el secreto de nuestra persistencia a través de todos los períodos, de los de prosperidad y de los de sombría tragedia. Y sería mucho más fácil mencionar lo que hicimos que predecir lo que haremos en la lucha contra la reacción. Pero una cosa es cierta: cumpliremos con nuestro deber, y cuando esta inflación despótica haya pasado y la reacción se haya descompuesto en su propia inconsistencia y en sus crímenes, el anarquismo aparecerá en su puesto, más rico o más pobre en adeptos, pero siempre con la misma fe y con la misma tenacidad.

Si escuchamos los lamentos de las víctimas de la guerra social, no percibiremos apenas más que la voz de nuestros camaradas; si queremos constatar el espíritu de sacrificio opuesto a los avances de la reacción, no tropezaremos por ninguna parte con el heroísmo de los "revolucionarios" autoritarios. Además, a parte de la resistencia activa que en nosotros no cesa jamás, la reacción no es un mero problema de fuerza, es un movimiento de ideas. Con la mera fuerza se vence *una* reacción, es decir la dictadura de Pedro, pero ocupa de inmediato su puesto la reacción de Pablo. Nosotros estamos contra la reacción en general, contra la reacción en todas sus manifestaciones, de las cuales no es la más importante ni la más esencial la que se expresa en la violencia persecutora que se ceba en los revolucionarios; estamos contra la reacción de Pedro y contra la de Pablo, contra la republicana y contra la monárquica, contra la militar y la democrática, contra la aristocrática y la sovietista. Y manteniendo esa actitud firme venceremos; nuestra derrota en este triste período de reacción sólo sería efectiva si pactásemos compromisos e hiciéramos concesiones en daño de nuestras ideas libertarias.

Más aún si cabe, en momentos como el que vivimos, debemos velar por la pureza y la integridad del anarquismo; en estos momentos, como diría Bakunin, ni en las palabras hay que hacer concesión alguna; en los períodos de acción revolucionaria, cuando es preciso interesar para la acción inmediata grandes masas, entonces y sólo entonces, nos es permitido hacer concesiones en las palabras, pero no en los hechos ni en las ideas.

E. Abad de Santillán

20 de enero de 1924.

La popularidad de un hombre de Estado en su país se suele medir por el mal que ha hecho al resto de la humanidad.

VALTOUR

Un gran escritor anglo-sajón de tendencias libertarias

JACK LONDON

SU OBRA

(*Conclusión*)

Sin embargo el remordimiento no ha cesado de hacer escuchar su voz en la conciencia del antiguo minero, que fué rudo, violento, pero bueno y honesto. Ahoga esa voz diciéndose que después de todo, sólo luchaba contra los grandes tiburones de la industria y de la finanza, y que no había robado jamás al humilde trabajador.

"No había experimentado todavía ese deseo. Por otra parte ese sport no le interesaba. El obrero es ingénuo y estúpido. Ese sport semejase demasiado a la matanza de faisanes en las cazas reservadas de los dominios ingleses. Prefería sorprender al ladrón para arrebatarle el botín. Era atrayente y le proporcionaba emoción. Como el Robin Hood de los tiempos antiguos despojaba al rico para ayudar al necesitado. Era caritativo a su manera. La terrible angustia humana no le entristecía en forma alguna porque formaba parte del orden universal..."

Pero, he aquí que, para retrotraer a este "tiburón de tiburones" a su primitiva bondad, para volverlo más atento a la voz de su remordimiento, basta que una mujer se cruce en su camino. ¡Y qué mujer! Dode Mason la más humilde, la más modesta de las dactilógrafas empleadas en su escritorio. Pero aparte su belleza, que ha obrado como un rayo sobre Daylight, esta joven posee gran inteligencia, alma de *élite* y noble corazón. Ardientemente solicitada para que se convierta en su legítima esposa, rehusa al principio. Este rechazo da lugar a la escena capital del libro y no puedo resistir a la tentación de reproducirla, ya que en ella se encuentra maravillosamente resumido y dramatizado todo el pensamiento de Jack London sobre el régimen capitalista y burgués.

"—Rehusáis, sin duda, dijo Daylight, porque muchos diarios han criticado mi vida alegre.

"—No pienso en eso, respondió ella, lo sé y no puedo decir que me agrade. Me refiero a vuestra existencia en general, a vuestros negocios... Hay mujeres que podrían contraer enlace con usted y ser felices; yo, no... Cuanto más amara a un hombre de esa naturaleza más desdichada sería, y el verme desgraciada le haría infeliz. Ya veis, cometería un error y Vd., otro; aunque para Vd. sería atenuado por los negocios que siempre le ocuparían.

"—Mis negocios! Respondió Daylight anhelante. ¿Qué mal hacen mis negocios? Juego limpiamente, honestamente. No ocultan nada sucio, mis negocios! Y no se puede decir lo mismo de muchos otros, el de las grandes corporaciones, el de los bribones o el de los tenderos de menor cuantía. Yo juego lealmente según las reglas del juego, no miento ni engaño a nadie y no falto a mi palabra."

"Dode suspiró aliviada cuando la conversación desvióse en otro sentido y la aprovechó para emitir sus opiniones.

"—En la antigua Grecia, comenzó con pedantería, era considerado como buen ciudadano el que construía casas, plantaba árboles..."

"No terminó su discurso, pero llegó rápidamente a esta conclusión:

"—¿Cuantas casas habéis construído? ¿Cuántos árboles habéis plantado?"

"Daylight alzó inconscientemente la cabeza, pues no había penetrado el alcance del argumento.

"—Y bien! continuó ella, el penúltimo invierno habéis monopolizado el carbón.

"—Localmente, dijo bromeando al recordar eso, sólo localmente. He aprovechado la carencia de wagones y la huelga de la British Columbia.

"—No fuísteis vos mismo el que extrajísteis el carbón. Sin embargo, lo elevásteis a cuatro dólares por tonelada y habéis ganado mucho dinero. Era vuestro negocio. Habéis obligado a las pobres gentes a pagar el carbón más caro. Jugásteis lealmente, cómo confesáis, pero habéis introducido vuestras manos en sus bolsillos para extraer todo su dinero. Lo sé. Yo utilizaba una estufa en mi salón de Barkeley. En lugar de pagar once dólares la tonelada de Rock-Well, la he pagado quince ese invierno; me habéis robado cuatro dólares. Yo podía soportarlo, pero había miles de pobres gentes que no lo podían.

"Llamáis a eso un juego honrado, pero para mí es un verdadero robo".

"Daylight se desconcertó, eso constituía una revelación para él.

"—Escuchad ahora, miss Mason; reconozco que esta vez tenéis un poco de razón. Pero, hace bastante tiempo que conocéis mis negocios para saber que no tengo el oficio de despojar a las pobres gentes. A los que no puedo pasar es a los grandes capitalistas. Es a ellos a quienes devoro. Ellos le roban a los pobres y yo les robo a ellos. Ese negocio del carbón sólo era accidental. No quería dañar a las pobres gentes sino a los grandes capitalistas. Los he pescado. Los que se cruzaron en mi camino han sido atrapados: eso es todo.

"Notad que todos los negocios son un juego. Todo el mundo juega de una manera o de otra. El cultivador juega contra el tiempo y contra el mercado por sus cosechas. La United States Steal Corporation hace lo mismo.. Los negocios de numerosos hombres son puros robos a expensas del pobre. Mis negocios no son de esos. Lo sabéis. He perseguido siempre a los ladrones.

"—No he alcanzado mi fin, confesó ella; esperad un momento".

"Y durante un instante guardaron silencio.

"—Es para mí más claro verlo que expresarlo. Lo que quiero decir es más o menos ésto. Existe el trabajo legítimo y el que no lo es. El cultivador labora la tierra y produce el grano. Realiza algo que es útil a la Humanidad. Crea, en cierta manera, el grano que nutrirá a los que tienen hambre.

"—Entonces, los ferrocarriles los compradores en el mercado y los otros, se preocupan sistemáticamente de robar ese grano", interrumpió Daylight.

"Dode sonrió y agitó la mano.

"Esperad un instante. Me hacéis perder la ilación del razonamiento. Que se le robe hasta que muera de hambre, no importa. Lo esencial es que el trigo que ha hecho brotar, quede. Véis que el cultivador ha creado algo. Ese grano es transportado al mercado por el ferrocarril; luego pasa a los que lo consumirán. Esto es todavía legítimo, es como si alguien os trajera un vaso de agua, os quitara una brizna del ojo. Se ha creado, en cierta manera, una cosa: Trigo.

"—Pero los ferrocarriles roban horrorosamente", objetó Daylight.

"—Luego, el trabajo que realizan es semi-legítimo, semi-ilegítimo. Ahora llegamos a lo que os concierne. Vos no creáis nada. No aparece nada nuevo cuando efectuáis vuestros negocios. Pasa lo mismo con el carbón. No lo habéis extraído. No lo habéis transportado al mercado. No lo habéis entregado. ¿Comprendéis? Esto es lo que yo quiero manifestar cuando hablo de plantar árboles, de construir casas. ¡No habéis construído una sola casa ni plantado un sólo árbol!

"—Nunca hubiera creído que en el mundo existiera una mujer que pudiese hablar de negocios en esa forma", murmuró con admiración.

Corto aquí esta cita un poco larga, pero que he creído necesaria porque a través de esa joven, es siempre Jack London el que habla.

En fin, en Iron Heel, el gran escritor resume en pocas y elocuentes líneas sus previsiones para el porvenir:

"...Existen hoy día tres clases: La plutocracia,, la burguesía y el proletariado.

"La fuerza de este último reside en los músculos; es la fuerza primitiva, natural, que no puede ser arrebatada por el poder de la riqueza, mientras que la riqueza puede ser arrebatada a los que la poseen, quienes se convertirán, entonces, también, en proletarios. En cuanto a la clase media, desaparecerá aplastada entre el león y el tigre..."

¿Cuál es el revolucionario que no aplaudiría esta corta y jugosa declaración?

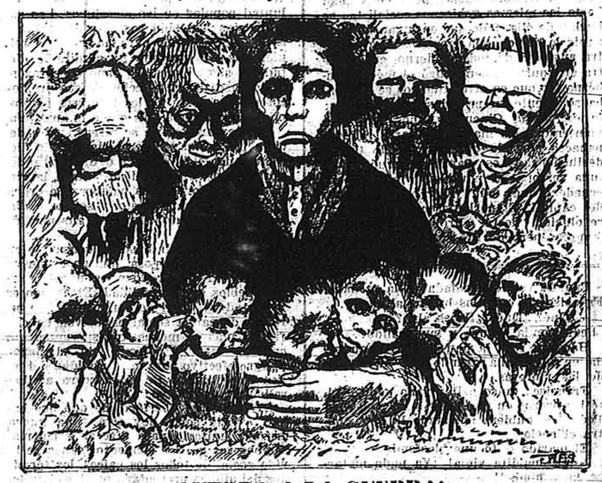
Esta revolución que será la obra del mundo nuevo y de la nueva humanidad, Jack London la desea, la invoca con todas sus fuerzas en cada uno de los libros que acabo de analizar y también en muchos otros.

"—Entonces, exclama uno de sus héroes con profunda emoción, la vida será sana, noble, intensa y una dicha vivirla".

Con estas nobles palabras deseo terminar este estudio bastante incompleto ¡ay! de una vida y de una obra que merecen ser conocidas por nuestros camaradas, reservándome analizar en una próxima crónica, desde este mismo punto de vista, la vida y la obra de Sebastián Faure, rebelde como Jack London, perseguido como él por la sociedad capitalista y burguesa, de la cual ha sido y seguirá siendo hasta su muerte el adversario temible y temido.

P. Vigné D'OCTON

Los supervivientes



¡GUERRA A LA GUERRA!